

CIENCIA POLÍTICA

Colección dirigida por
Fernando Jaime

El propósito de esta colección es reflejar la pluralidad de temáticas que han surgido en los últimos años a partir de un denominador común: el estudio de las instituciones políticas. Como tales se entienden los sistemas de gobierno, los mecanismos de toma de decisiones en los sistemas políticos, la organización de las actividades legislativas, los sistemas electorales, la estructura de los partidos políticos, las burocracias públicas, la provisión de bienes públicos y la regulación de los servicios públicos. Todos estos fenómenos se abordan como resultados de complejas interacciones entre múltiples actores con intereses, informaciones y creencias particulares y en diversos marcos institucionales.

La colección Ciencia Política pretende acercar al público de habla hispana algunas de las más destacadas contribuciones a este enfoque disciplinario que se han realizado tanto en el ámbito académico internacional como en el iberoamericano.

**TEORÍA ANALÍTICA
DE LA POLÍTICA**

**Melvin J. Hinich
Michael C. Munger**

NUEVAS CORRIENTES EN TEORÍA POLÍTICA

ROBERT E. GOODIN Teoría del diseño institucional

B. GUY PETERS El nuevo institucionalismo
Teoría institucional en ciencia política

SISTEMAS DE GOBIERNO

GARY COX Hacer que los votos cuenten
*La coordinación estratégica en los
sistemas electorales del mundo*



BIBLIOTECA UNIVERSIDAD ANAHUAC

Además, el problema de la indeterminación de la regla de la mayoría no se limita a una institución o manera de elegir, cualquiera que ésta sea. Todas las instituciones que totalizan arbitrariamente las preferencias elegidas se muestran incapaces de hacer una elección única entre tres o más alternativas. La única excepción es la dictadura, la cual «resuelve» el problema del disenso democrático otorgándole el derecho a elegir solamente a una persona.

Los temas examinados en esta parte incluyen:

- La base del razonamiento espacial, incluido el «centro», la «izquierda» y la «derecha» en cuanto términos que nos ayudan a comprender la política.
- El modelo downsiano y el teorema del votante mediano.
- Las políticas múltiples y la mediana en todas direcciones.
- El teorema de la imposibilidad de Arrow.
- Reglas alternativas de votación.

1

El análisis de la política

La política no es una ciencia exacta.

OTTO VON BISMARCK,
«Discurso para la Herrenhaus», 1863

La política quizá sea el más complejo de todos los fenómenos sociales y el más difícil de teorizar. Las teorías no faltan, desde luego. El problema es que muchas de ellas explican o guían las opciones políticas basándose en afirmaciones antagónicas. Para complicar aún más las cosas, este tipo de teorías abarca desde lo *normativo* (lo que debería ser) hasta lo *positivo* (lo que es). Dado que la política es compleja y las teorías políticas tienen elementos tanto normativos como positivos, los recién llegados no pueden discernir ni por dónde empezar ni qué creer.

En este libro, la teoría política es «analítica», un término derivado del griego *analysis*: deshacer o separar un todo complejo en sus componentes. El análisis nos ayuda a comprender las relaciones entre las partes y la naturaleza del todo. Resulta muy difícil entender la «política» sin un enfoque analítico, sobre todo si deseamos saber algo más que «lo que sucederá mañana». Es fácil prever el resultado de una elección partiendo de los datos recogidos el día antes del sufragio, pero no es sencillo hacer el pronóstico de cuestiones o elecciones con seis meses de antelación. Du-

rante el año previo a un comicio, puede suceder virtualmente cualquier cosa.

Cabría agregar que las teorías políticas no son muy buenas si sus predicciones resultan tan inciertas. ¡Y tal vez sea verdad! Sin embargo, conviene centrarse en la naturaleza distintiva del problema: los fenómenos políticos son perentoria y deliciosamente complejos. El análisis político «afloja» esta complejidad en componentes más manejables (pero todavía interesantísimos), y nos ayuda a comprender la política aplicando «modelos» a dichos componentes para ver cómo operan. Los modelos son cuerpos teóricos que poseen consistencia interna y describen la conducta humana o los fenómenos físicos. Ese proceso de abstracción sirve para simular una realidad más simple que la del mundo verdadero de la política (o muy diferente de ella).

¿Por qué utilizar modelos?

Los modelos matemáticos se centran principalmente en la consistencia lógica o en la validez interna de los argumentos. Dado un conjunto de premisas, podemos caracterizar una conclusión de acuerdo con una de estas tres modalidades:

- *La conclusión es verdadera.*
- *La conclusión es falsa.*
- *La conclusión es condicionalmente verdadera*, cuando depende de otras variables no representadas en el modelo.

El razonamiento analítico formal tiene la ventaja de distinguir con claridad los argumentos verdaderos, falsos y condicionalmente verdaderos, pero esa ventaja puede no ser evidente. La objeción más común es que los supuestos simplificadores de los modelos formales son demasiado abstractos o poco realistas.

Pero los supuestos simplificadores permiten manejar el análisis y nos ayudan a enfocar los componentes clave de un fenómeno. La razón por la cual los modelos matemáticos son criticados por sus premisas es muy simple: ¡El lector puede discernir exactamente cuáles son esas premisas! La disciplina impuesta por este enfoque implica que es posible falsear, depurar y corregir los modelos matemáticos.

Las teorías deben ser abstracciones o simplificaciones de una realidad cuya complejidad es incontrolable, aunque se enuncien matemática o ver-

balmente o en términos de mediciones estadísticas. La base de cualquier teoría consiste en una construcción lógica, derivada de premisas o hipótesis, que puede utilizarse para prever acontecimientos futuros. Las predicciones se fundamentan en aquellos datos que la teoría destaca como importantes. Dicho de modo más simple, la teoría nos proporciona una manera de preguntarnos «¿qué pasa si?» y luego deducir las consecuencias.

Las implicaciones específicas de «¿qué pasa si?» inferidas de la teoría abstracta pueden tener escasas relaciones con el mundo de los fenómenos directamente observables. La aplicabilidad del argumento no es pertinente para la verdad o falsedad de las proposiciones dentro de la lógica del modelo. Los enunciados matemáticos son, o bien verdaderos o falsos, o bien condicionalmente verdaderos. Una persona versada en el tema reconocerá de inmediato cuándo un conjunto de enunciados pertenece a una o más de estas tres categorías, sin hacer referencia a cualquier información fuera del modelo mismo. En otras palabras, la base epistemológica de los modelos matemáticos es la deducción pura.

Pero no nos confundamos: el uso de símbolos esotéricos y de sofisticados tecnicismos no equivale a «ciencia». No es fácil utilizar la matemática para descubrir principios simples y unificadores que expliquen y pronostiquen fenómenos observables. La buena teoría es ardua incluso en circunstancias sencillas tales como el comportamiento de un cuerpo moviéndose en el vacío. Los científicos sociales estudian a los seres humanos, quienes se relacionan mutuamente de maneras complicadas. Si los símbolos dificultan aún más la comprensión de estas relaciones, entonces las teorías formales serán totalmente inútiles, si no algo peor.

Ya hemos dicho que una de las fuerzas de los modelos matemáticos reside en la claridad del enunciado de las hipótesis. Sin embargo, la claridad sólo constituye una fuerza si las hipótesis mismas son plausibles. Es imposible discernir cuándo un argumento es válido fuera de su propio contexto estilizado considerando solamente el argumento mismo. Por consiguiente, la aplicación externa o la «prueba» de la teoría formal se hace por analogía, esto es, se la somete a prueba midiendo las relaciones entre los fenómenos observables, con la esperanza de que los fenómenos observables sean «como» las relaciones en las cuales se centra el modelo.

Sin pruebas empíricas cuidadosas, los modelos no serán sino entretenidos ejercicios matemáticos. La teoría política analítica ha sido sometida a extensas y rigurosas pruebas empíricas. Y debido, en parte, a que algunas porciones de la teoría (como el modelo espacial clásico de la votación masiva) no resistieron el examen empírico, la teoría misma ha evolucionado y se ha perfeccionado.

En los últimos capítulos, reseñaremos los supuestos y las formas lógicas de varios modelos matemáticos. Sobre todo, consideraremos el modelo «espacial» con algún detalle. Pero primero corresponde preguntar por qué la política y el gobierno son importantes desde un punto de vista *normativo*. La razón es sencilla: estos modelos son algo más que declaraciones positivas acerca de la manera en que funciona el mundo. La política analítica evalúa las diferentes formas de elegir y comparar cómo *deberían* hacerse las cosas.

La *competencia espacial* es un modelo simple e intuitivamente plausible de elección política. El modelo espacial básico se tomó en un principio de la economía, pero la moderna teoría espacial de la votación constituye un modelo analítico de la política. Según la hipótesis principal, cabe concebir las posiciones políticas de los candidatos o partidos como puntos en un «espacio». El espacio político puede abarcar una cuestión o varias. Cada cuestión o asunto se asocia con una dimensión espacial, donde «dimensión» es un conjunto ordenado de alternativas.

Usaremos muchos modelos espaciales en este texto, y es importante que el lector comprenda cómo los modelos espaciales representan fenómenos políticos. El modelo espacial desglosa el análisis de la política en tres componentes separados:

- *La elección del votante*: cada votante elige el candidato o la política que se «halla más cerca» de su concepción ideal de lo que debería hacer el gobierno. De ese modo, los votantes maximizan su propia utilidad o satisfacción.
- *La selección de la plataforma partidaria*: los partidos políticos saben cómo eligen los votantes y hacen propuestas (o seleccionan candidatos) con vistas a atraer la mayoría de los sufragios.
- *La cualidad de los resultados*: en ciertas circunstancias, los partidos (en un sistema bipartidista) o las coaliciones gobernantes (en un sistema multipartidario o parlamentario) convergen hacia el centro de la distribución de votantes. Si el «centro» coincide con los conceptos de democracia y buena sociedad, este resultado es deseable. Alternativamente, cabe observar una tendencia que se aleja del centro hacia uno de los extremos. En ambos casos, la teoría espacial presenta un conjunto detallado de conexiones causales para efectuar reformas.

La teoría espacial fue criticada por su concepción específica de los votantes, de la plataforma y de los resultados. Muchas de estas críticas son relevantes, como veremos luego. Por el momento, conviene destacar por

qué a la gente le resultan útiles los modelos espaciales: sólo la teoría espacial proporciona un modelo integrado de la elección del votante, de las plataformas partidarias y de la calidad de los resultados. Si lo que se busca es un modelo completo, entonces la teoría espacial formal es el modo más adecuado de enfocar las cosas.

¿Cómo debería elegir un grupo la manera de elegir?

¿Cómo debería elegir un grupo de individuos la acción que corresponde emprender? Optar por una manera de elegir afecta a la calidad de la elección misma? Se trata de preguntas difíciles, pero de suma importancia para la teoría política. A fin de dar un contenido concreto a estas preguntas, consideremos a los hun-gats, una tribu de cazadores-recolectores, habitantes de una larga península que se extiende de norte a sur. Los hun-gats deben elegir, de forma colectiva, entre tres alternativas mutuamente excluyentes:

- Quedarse en sus chozas de paja junto al río Fangoso, donde han cazado (y cosechado) la mayor parte de su alimento.
- Ir al norte, donde, si bien hay más alimentos y agua, la tribu de los feroces raouli matan a los intrusos apenas los ven.
- Ir al sur, donde la tierra es árida y yerma y se sabe muy poco acerca de la presencia de otras tribus, de la existencia de agua o de animales de caza.

Si todos desean ir al norte o al sur, irán al norte o al sur. Si todos prefieren quedarse, pues entonces se quedarán. Pero, ¿qué ocurre cuando diferentes individuos quieren cosas diferentes? El desacuerdo pone a prueba los mecanismos de la elección colectiva; el conflicto tensa los lazos que convierten a un grupo de individuos en una sociedad. ¿Cuál es la mejor forma de abordar el problema de elegir una acción, partiendo de varias posibilidades, cuando la gente no se pone de acuerdo?

En el mejor de los casos, la respuesta a la pregunta «¿qué pasa cuando hay desacuerdo?» depende de muchos factores. Éstos incluyen la naturaleza del disenso, cómo se suman los deseos o juicios de los individuos y la complejidad de las alternativas entre las cuales la gente está tratando de optar; lo cual significa que las premisas de un argumento habrán de enunciarse con claridad. De no ser así, los hun-gats no podrán decidir con alguna confianza cómo van a decidir. Peor aún: la confianza en que una

forma de decisión es la «mejor» manera de decidir puede resultar desecaminada. Tal vez no reconozcan, por ejemplo, que la regla de la mayoría es la «mejor» sólo en ciertas circunstancias. Para ilustrar el problema de reconocer enunciados condicionalmente verdaderos en la teoría normativa, analicemos el siguiente pasaje de Rousseau:

Cuando varios hombres reunidos en asamblea se consideran como un solo cuerpo, no tienen más que una sola voluntad que se refiere a la común conservación y al bienestar general [...].

Un estado gobernado así necesita muy pocas leyes; y a medida que va siendo necesario promulgar otras nuevas, esa necesidad se ve universalmente. El primer hombre que las propone no hace más que decir lo que todos han notado ya [...].

No hay sino una ley que por su naturaleza exija un consentimiento unánime: el contrato social [...]. Fuera de este contrato primitivo, el voto de la mayoría obliga siempre a todos los demás; es una consecuencia del contrato mismo. Pero se pregunta cómo puede ser libre un hombre y estar obligado a conformarse con voluntades que no son las suyas.

Contesto que la cuestión está mal planteada [...]. Cuando se propone una ley en la asamblea del pueblo, lo que se les pregunta no es precisamente si aprueban la proposición o si la rechazan, sino si es conforme o no a la voluntad general, que es la de ellos. Cada cual, al emitir su voto, dice su opinión sobre el asunto, y del cálculo de votos se saca la declaración de la voluntad general. Y cuando vence la opinión contraria a la mía, ello no prueba otra cosa sino que me había equivocado, y que lo que yo creía la voluntad general no lo era (Rousseau, 1973, párrafos 315-332).

Según Grofman y Feld (1988: 568), «a menudo se tergiversa este pasaje de Rousseau», pues en otras partes de *El contrato social*, el autor hace varias salvedades y rectificaciones. Incluso Rousseau pensaba que la voluntad de la mayoría y la voluntad general a veces difieren. Pero estas salvedades parecen meras digresiones y no se las identifica como lo que son: hipótesis.

Supongamos que los hun-gats hubieran leído a Rousseau. ¿Deberían concluir que una mayoría en favor de alguna de las opciones «obliga» al resto a seguirla? Si leen a Rousseau *cuidadosamente*, terminarán discutiendo sobre lo que quiso decir en los diferentes y en apariencia contradictorios pasajes del texto. Por ejemplo, Rousseau observa que «[el argumento en favor de la mayoría] presupone, en rigor, que todas las cualidades de la voluntad general aún residen en la mayoría: cuando ello deja de ocurrir, cualquiera sea el lado que tome el hombre, la libertad ya no es posible» (Rousseau, 1973, IV 2).

En un frío atardecer, sentados alrededor de un fuego a punto de extinguirse, nuestros cazadores-recolectores leen en voz alta viejos libros y se sienten frustrados. Quieren saber si deben usar el voto mayoritario para decidir si se quedarán o habrán de partir. Pero no tienen manera alguna de averiguar si las afirmaciones de Rousseau sobre la capacidad de las mayorías para descubrir la «voluntad general» son verdaderas, falsas o condicionalmente verdaderas. No pueden discernir cuáles son realmente las premisas del argumento. Supongamos, para complicar aún más las cosas, que algunos hun-gats encuentran el siguiente texto en otro viejo libro: «El árbol de la libertad debe ser vigorizado, de vez en cuando, con la sangre de patriotas y tiranos. Es su abono natural» (Thomas Jefferson, carta a William Stevens Smith, 13 de noviembre de 1787).

Los hun-gats se enfrentan a preguntas difíciles. ¿Deberían aceptar la voluntad de la mayoría como justa y general, conforme al argumento de Rousseau? ¿O atenerse a Jefferson y creer que la revolución hecha por una minoría puede ser justa? Tomando en cuenta que ninguna de estas posiciones extremas es *siempre* verdadera, ¿en qué supuestos o premisas se basa la «verdad» condicional?

Dicho de otro modo, la «voluntad general» (la política justa para una sociedad), ¿existe siempre, existe ocasionalmente o no existe nunca? Si no hay una voluntad general, ¿podemos aún llamar «sagradas» a las mayorías, o existen minorías moralmente justificadas para alzarse contra la tiranía de la mayoría a fin de ofrecer los beneficios de su sangre al árbol de la libertad? No menos importante: si en este caso existiese incluso una voluntad general, ¿cómo podrían descubrirla los hun-gats?

Para conocer las respuestas, es preciso utilizar una forma de argumento que identifique las premisas o supuestos. Este enfoque se sustrae, indudablemente, de la realidad, pero nos permite centrarnos en la índole condicional de muchas verdades relevantes sobre la política. La base del enfoque es el modelo espacial de la política.

La base del modelo espacial de la política

El modelo espacial no es sólo una forma «como si» de razonar acerca de la política. La gente piensa en verdad de ese modo y usa rutinariamente las palabras «izquierda», «derecha», «centro» como si esos vocablos significaran algo. Es muy importante la creencia de que el oyente agregará un significado predecible a la posición espacial de un candidato. Las personas utilizan la metáfora de la posición espacial porque les sirve para comprender la políti-

ca. La comunicación exige que se comparta al menos una parte del significado de esos términos. En los capítulos 2 y 3, comenzaremos con el conjunto más sencillo posible de supuestos sobre la información y el comportamiento, antes de desplazarnos, en los últimos capítulos, a modelos más realistas pero más complicados.

La primera vez que se usó la metáfora espacial izquierda-centro-derecha fue inmediatamente después de la Revolución Francesa, en 1789. Es notable, dado el amplio tratamiento que los historiadores dieron a este período, la poca atención concedida a la influencia que ejerció la revolución en nuestro lenguaje político cotidiano. Las diferencias extremas en el sistema político francés y la novedad de la democracia misma produjeron cambios conceptuales importantes. Una de las innovaciones lingüísticas más duraderas fue el uso de la metáfora espacial como un modo sintético de referirse tanto a la posición física y política como a las creencias ideológicas.

«Izquierda» y «derecha» se utilizaron en un principio para describir simplemente las posiciones físicas ocupadas por los grupos políticos en las Asambleas Nacionales y, más tarde, en la Convención Nacional. Los grupos que no simpatizaban entre sí se sentaban lo más lejos posible. Los aliados radicales de Robespierre ocupaban los escaños superiores, esto es, la «Montaña». Desde la perspectiva de alguien que entrase en la cámara, estos diputados radicales o «montañeses» estaban ubicados en la extrema izquierda. Los diputados independientes (la «Llanura») ocupaban la zona de debate situada en el centro inferior del recinto. Los diputados girondinos, a cargo de la mayoría de los ministerios del gobierno, controlaban en la práctica casi todo el poder de la Asamblea y se reunían en el rincón «derecho».¹ Al cabo del tiempo, se hizo evidente que los situados a la izquierda (los jacobinos) querían un cambio radical. Los de la derecha (girondinos) defendían el statu quo porque dirigían el gobierno.

En el moderno lenguaje de la política, estos significados casi no se modificaron: la «izquierda» todavía hace referencia a quienes desean el cambio, con la extrema izquierda buscando ese cambio por medios revolucionarios. La derecha es conservadora y defiende, o bien las políticas vigentes o bien las ideas sustituidas por la políticas vigentes.

La constancia del significado de izquierda y derecha puede parecer sorprendente pero no es accidental. La metáfora espacial no sólo es útil sino fundamental para la manera en que todos interpretamos la democracia. Consideremos cómo se describían los desacuerdos antes de producirse las

1. Schama (1989, pág. 648).

revoluciones gemelas norteamericana y francesa. En la política europea, las facciones se concebían como luchas entre «clases». En Francia, por ejemplo, había tres castas o «feudos políticos». El clero constituía el primer feudo; la nobleza, el segundo. El clero de alto rango provenía de familias nobles, de modo que ambos feudos se apoyaban mutuamente, protegiendo las instituciones y prerrogativas que aseguraban su privilegiado estatuto. El tercer feudo, muy amplio, representaba al resto de Francia y se limitaba prácticamente a los artesanos calificados, letrados, banqueros y profesionales.

De acuerdo con el supuesto implícito, la existencia de jerarquías en la sociedad era un hecho natural y justo. La jerarquía encontraba su máxima expresión en la figura del monarca, quien estaba por encima de todos los estados (Beik, 1985: 6-31).² Esta concepción de la política fue acertada desde un punto de vista descriptivo: las clases sociales y la división política eran idénticas en la sociedad francesa prerrevolucionaria. Ello se explica porque en el mundo feudal el lugar ocupado por cada persona era estático y categórico. La «posición» se definía por el nacimiento y los derechos políticos de propiedad, y no por el mérito o las posturas asumidas en las cuestiones políticas.

La revolución separó, pues, las dos dimensiones del conflicto: la clase social y la política. La clase social consiste, intrínsecamente, en un conjunto de divisiones *verticales*. En una democracia, la política es la división *horizontal* de opiniones entre iguales putativos. No es sorprendente entonces que Tocqueville y Guizot (1974) usen la misma palabra —«nivelación»— para describir el principal efecto de la revolución. Ambos pensaban que las democracias deben concebirse en términos de ciudadanos abstractos, separados de las posiciones que ocupan en la vida. Hay antecedentes obvios de esta concepción en la visión religiosa según la cual todo individuo es un alma que debe ser salvada. De acuerdo con esa concepción, la revolución

no apuntó meramente a definir los derechos del ciudadano francés, sino que también procuró determinar los derechos y deberes de los hombres en general con respecto al prójimo y como miembros de un cuerpo político [...]. La revolución se propuso reemplazar [las instituciones políticas] por un nuevo orden social y político, a la vez más simple y más uniforme, basado en el concepto de igualdad de todos los hombres (Tocqueville, 1969: 12, 20-21).

2. La jerarquía descrita aquí fue sostenida y legitimada por la herencia de la Iglesia católica, especialmente por sus grandes pensadores Agustín y Tomás de Aquino, quienes se basaron en Platón y, en menor grado, en Aristóteles.

Con la desaparición del viejo y estático sistema de castas, fue necesario hallar alguna forma de organizar el mundo político de la gente. Cuanto se requería no era sino una construcción mental fundamentada en la *política* (el disenso horizontal entre iguales acerca de los principios) y no en la *clase* (las distinciones verticales e inmutables de los privilegios). Tal vez haya sido inevitable sustituir la antigua comprensión vertical de la jerarquía social por la metáfora izquierda-derecha aplicada a las disputas políticas. La imaginaria espacial es una consecuencia de la nueva manera en que la gente interpretó la ciudadanía y de las nuevas alternativas asequibles a los individuos en una democracia.

La imagen «izquierda-centro-derecha» condujo a los científicos sociales a desarrollar modelos para comprender la competencia política espacial. En los tres apartados siguientes, examinaremos los modelos espaciales utilizados por los teóricos formales para analizar la democracia. Cada uno de esos apartados describe un componente del modelo general que acabamos de delinear: elecciones de los votantes, elecciones de la plataforma y calidad de los resultados.

La elección del votante

El punto de partida de la elección del votante en política es obvio: el candidato o la alternativa preferida por el votante recibe el sufragio de ese ciudadano. Para decir algo útil sobre la parte «gustos» de este enunciado, es preciso responder a dos conjuntos de preguntas:

1. ¿Cuáles son las características de un candidato o de una plataforma consideradas por el votante cuando hace comparaciones?
2. Si una plataforma tiene varias características («dimensiones»), ¿cómo equilibra el votante estas diferentes consideraciones?

La teoría espacial simplifica la elección política comenzando con un modelo abstracto de la decisión de un votante representativo sobre aquello que habrá de apoyar. Este votante mítico no «representa» a nadie, en un sentido político; antes bien, es un constructo matemático que nos ayuda a responder las dos preguntas antes formuladas. Específicamente: 1) el votante percibe cada plataforma como un haz de cuestiones individuales. Luego evalúa cada plataforma comparándola con su propio conjunto ideal de posiciones sobre estas cuestiones o asuntos. 2) En la mente del votante, la importancia de cada cuestión está representada por un conjunto de

pesos o ponderaciones. Un peso considerable significa que el votante piensa que la cuestión es más importante que otras con menor peso. Si al votante no le interesa en absoluto una cuestión, ésta tiene una ponderación nula o cero.

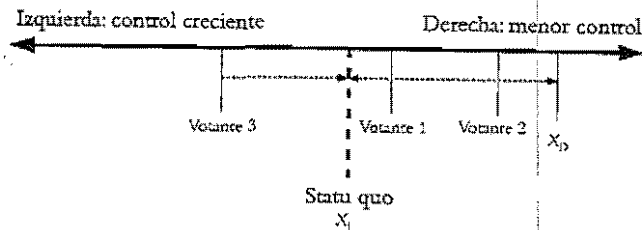
Resulta útil distinguir, desde el principio, dos contextos relativos a las elecciones de los votantes: *la votación de comité* y *las elecciones masivas*.

1. *La votación de comité* es un contexto de decisión donde hay pocos votantes, los participantes pueden proponer nuevas alternativas, las implicaciones individuales de la decisión suelen ser muy amplias y los participantes están bien informados acerca de las alternativas. La votación del presupuesto escolar por parte de una comisión del condado o la de una partida presupuestaria en una comisión legislativa son ejemplos de votación de comité.
2. *Las elecciones masivas* son situaciones en las cuales muchos votantes eligen entre unos pocos candidatos. Los votantes tal vez tengan sólo una información muy limitada, y cada voto apenas si incide en la elección. Las elecciones presidenciales son un ejemplo de elecciones masivas.

Ejemplo 1 (votación de comité). Imaginemos que en un comité hay tres personas encargadas de elegir un presupuesto para las actividades sociales de su club. Supongamos que el tacaño A piensa que el club debería gastar 50 dólares, el sensato señor B se inclina por 75 dólares y el dispendioso C exige un gasto de 250 dólares. Denominaremos el «punto ideal» del votante a esta «idea de lo mejor». De suerte que si la decisión dependiese de él, A preferiría 54 dólares a 60 dólares, 69 dólares a 81 dólares, etcétera. Supongamos, además, que sabemos que el procedimiento de decisión que usará el comité es la regla de la mayoría.

Por tanto, podemos utilizar el modelo espacial para predecir lo que decidirá el comité *como grupo*. El pronóstico es el siguiente, tal como veremos en el próximo capítulo: si el comité decide bajo la regla de la mayoría, el resultado será un presupuesto de 75 dólares, es decir, la posición asumida por la persona situada en el medio. El ejemplo muestra uno de los puntos fuertes de la teoría espacial: podemos hacer pronósticos sobre los *resultados globales* con sólo tener información sobre 1) *las metas individuales* y 2) *el proceso de decisión*.

Ejemplo 2 (elecciones masivas). Supongamos que, mediante una encuesta, tenemos información sobre tres votantes de una población de millones de individuos.



- El votante 1 elige I, el partido actualmente en el poder
- El votante 2 elige D, a los opositores
- El votante 3 elige I, ¡pero no está contento!

Figura 1.1. Grado de control gubernamental sobre los medios de producción, con dos partidos: I y D.

La figura 1.1 ejemplifica cómo las alternativas políticas y los puntos ideales de los votantes individuales pueden disponerse a lo largo de una dimensión, utilizando la izquierda y la derecha como ideas organizadoras del espacio. A esto se le llama en ocasiones la «clásica dimensión izquierda-derecha» de la teoría espacial. Aquí, *izquierda* significa defender el control creciente de los medios de producción por parte del gobierno. *Derecha* implica oposición a las intrusiones del gobierno en los derechos de propiedad. Los votantes tienen posiciones ideales en la misma dimensión. Según el pronóstico del modelo espacial, cada votante elegirá el candidato que más se aproxime a su alternativa ideal.

Si vamos a considerar un asunto (como en el caso de la votación de comité) o una opción a lo largo de la clásica dimensión izquierda-derecha (una elección para presidente o gobernador), entonces, de acuerdo con el modelo espacial, los votantes elegirán el candidato «más próximo» a su punto ideal en la dimensión. En una elección en la que se aplica la regla de la mayoría, ganará el partido más próximo a la generalidad de los votantes. Daremos mayor precisión a estos enunciados en el capítulo 2 (para una dimensión), en el capítulo 3 (múltiples dimensiones) y en el capítulo 4 (reglas alternativas de votación).

En la figura 1.1 es fácil discernir que los votantes, a quienes cabe representar como puntos de un segmento lineal, elegirán entre el statu quo y el apoyo a las alternativas. La elección, tal como señalamos en un principio, se hace comparando cuál de las alternativas se acerca más a la opinión del votante sobre la correcta organización de la sociedad. El votante 1 preferirá el statu quo; el votante 2 apoyará la plataforma propuesta por el partido «D». El votante 3 preferirá «I» a «D», pero se encuentra lejos de

ambas alternativas. En ese caso, puede abstenerse de votar, pero si no lo hace, entonces elegirá «I». En consecuencia, «I» gana la elección por dos votos contra uno.

Es importante comprender, desde luego, cómo los votantes ven a los candidatos. Algunos inconvenientes manifiestos en el modelo delineado en los capítulos 2, 3 y 4 se deben a los supuestos restrictivos sobre la información que tienen los votantes acerca de los candidatos. En el capítulo 5, ampliamos el modelo para dar cuenta de la incertidumbre del votante en lo relativo a las posiciones de los candidatos y a la ambigüedad de las posiciones tomadas realmente por los candidatos y los partidos. El capítulo 6 versa sobre la asistencia a los comicios: ¿en qué circunstancias los votantes optan por no votar? Después de todo, el votante 3 de la figura 1.1 puede abstenerse, pues la elección guarda poca relación con sus intereses. Este hecho lo cambia todo, pues la elección se decidirá ahora por quienes opten por votar y no por el conjunto de la población afectada.

¿De dónde provienen las propuestas?

En el apartado anterior, nos preguntamos cómo elegían los votantes, dadas las alternativas. Ahora deseamos saber de dónde provienen las alternativas. Como vimos en la figura 1.1, la distribución de votantes determina la plataforma ganadora. Por consiguiente, si el partido quiere ganar, tomará en cuenta la distribución de las preferencias del votante. Si la mayoría prefiere una plataforma distinta del statu quo, entonces el partido que proponga esa plataforma ganará la elección.

Cierto es que el partido del «statu quo» puede asimismo ajustar su posición. En la medida en que esos movimientos son posibles, los partidos tratarán de superarse mutuamente en busca de más sufragios. De acuerdo con el modelo clásico, en un sistema bipartidista los partidos habrán de converger hacia el centro de la distribución de votantes.

Ello significa que las plataformas son generadas *endógenamente* o bien elegidas por los miembros mismos del comité. Éstos hacen propuestas, o rectifican las propuestas de otros miembros, y luego las someten a votación. ¿Cómo opera el proceso? Consideremos las extensiones de los ejemplos dados en el apartado anterior.

Ejemplo 1 (votación de comité). En este tipo de votación, donde es posible hacer propuestas, los miembros cuentan con una estrategia obvia: proponer su punto ideal. Esto es. A propone 59 dólares, B. 75 dólares y C

(el derrochón) sugiere 250 dólares. Supóngase que el presupuesto correspondiente al statu quo es 0 dólares y que las propuestas y enmiendas se votan en una secuencia fija. Por tanto, se establecerá un nuevo presupuesto statu quo cada vez que una mayoría vote en favor del cambio. ¿Durante cuánto tiempo continuará el proceso? Podemos imponer un plazo, pero entonces se adoptará cualquier presupuesto que haya ganado por el mero hecho de ser el último. La restricción temporal parece una base arbitraria para elegir el mejor resultado; pero, ¿de que otro modo podemos asegurarnos de que un grupo llegue a una decisión?

Es interesante advertir que la progresión de los nuevos presupuestos del statu quo tiene un fin predecible y estable, al menos en este ejemplo. El presupuesto final está en el medio, o es la mediana, de los presupuestos ideales de los tres miembros: 75 dólares. Este presupuesto le ganará a cualquier alternativa propuesta, pues dos personas preferirán siempre 75 dólares. A y B votan a favor de esa suma frente a cualquier presupuesto mayor. B y C votan por 75 dólares frente a cualquier presupuesto menor. Nosotros esperamos *desplazarnos* a 75 dólares como el presupuesto correspondiente al statu quo, habida cuenta de que B es libre de hacer propuestas. Una vez allí, el proceso de decisión no mostrará ninguna tendencia al cambio. Por lo tanto, 75 dólares es la «posición» adoptada por el comité en cuanto grupo. En los capítulos 2-4, analizaremos con detalle el proceso de selección de plataformas.

Ejemplo 2 (elecciones masivas). Las «propuestas» evolucionan, a menudo caóticamente, en respuesta tanto a las ideas como a las amenazas. Las posiciones de los partidos en las elecciones masivas pueden ser más imprecisas que las posiciones o propuestas claramente definidas en las votaciones de comité. No obstante, los partidos se vinculan a las posiciones. Consideremos nuevamente la Convención Nacional Francesa celebrada en septiembre de 1790.

La mayoría de los miembros eran «independientes», es decir, no tenían compromisos formales con ninguna facción. Estos diputados centristas de la Llanura eran numerosos y a la vez no comprometidos, de modo que determinaron el resultado de las votaciones en la Convención. Pero no tenían organización alguna y, en consecuencia, dependían de los partidos de izquierda y derecha, (relativamente) organizados para someter a consideración un programa o una secuencia de alternativas.

Los girondinos o el partido de la derecha se adherían por lo general a políticas económicas basadas en el *laissez faire* y servían de portavoces a los intereses provinciales y mercantiles en contra de los jacobinos, el partido

de la izquierda, más radicales y centrados en París. Los jacobinos se volvieron aún más populistas en los dos años siguientes a la formación de la Asamblea, y su principal programa consistió en oponerse a los girondinos. Estos estuvieron a cargo del gobierno hasta la primavera de 1793, cuando las derrotas militares y los conflictos sociales condujeron a la purga de la mayoría de los dirigentes girondinos de la Convención.

Inmediatamente después de la revolución de 1789, el primer apoyo organizado a las «cuestiones» llevó a centrar la atención en las reformas de las prácticas mercantiles y en la apertura de los mercados. El poder de los girondinos provenía de su temprana organización para eliminar las restricciones feudales aplicadas al comercio entre las ciudades y dentro de los distritos de París. Los girondinos fueron identificados con una visión «federal» de Francia y apoyados en gran parte por las provincias.

Los jacobinos se organizaron contra el control ejercido por los girondinos en los ministerios y organismos del gobierno. Las tendencias populistas de los jacobinos les permitieron sacar ventaja del malestar general, aunque también se valieron de los errores específicos de los girondinos. Desde nuestra perspectiva, lo fundamental fue que los jacobinos pudieron *posicionarse* de tal modo que los girondinos perdieron el apoyo de los diputados independientes de la Llanura. Consideremos la descripción de Rudé:

[La] situación económica favorecía a la Montaña (jacobinos) en detrimento de sus adversarios. [Los bonos del gobierno] habían caído a la mitad de su valor nominal en febrero, y el precio de los alimentos, luego de haberse mantenido comparativamente estable durante el verano y el otoño, había sufrido un alza considerable durante la primavera [...]. Los disturbios que siguieron eran, proporcionalmente, más intensos y generales que los del año anterior [...]. Pero si bien ninguno de los portavoces de la Asamblea estaba preparado para condonar esas actividades, fueron una vez más los girondinos, en calidad de partido gobernante y como los más comprometidos en apoyar la libertad de los mercados, quienes cosecharon todas las desventajas, en tanto que sus opositores se beneficiaban proporcionalmente (1964: 136).

Como este extracto pone de manifiesto, los partidos toman posiciones de maneras complejas, y la metáfora de la posición y el movimiento espacial no es sino una simplificación. Empero, la metáfora resulta útil: las personas asocian la «izquierda» y la «derecha» con posiciones asumidas sobre políticas reales. Las diferencias ciertamente incidían en la manera en que la gente esperaba vivir su vida. El *laissez faire* económico de los girondinos se convirtió en una terrible desventaja, pues se los culpó del magro

rendimiento de la economía en su calidad de partido gobernante. Los jacobinos eran libres de asumir una postura opositora (situándose en este caso en el centro-izquierda). A medida que un mayor número de votantes y diputados independientes rechazaban a los girondinos, los jacobinos iban escalando posiciones.

Los partidos pueden tener problemas al «desplazarse» en las elecciones masivas, una vez que los votantes asocian su nombre con un conjunto de posiciones políticas. Ello es especialmente cierto cuando el partido debe gobernar en tiempos de conflicto. Podríamos preguntarnos por qué el partido «I» y el «D» ocupan posiciones tales como las que aparecen en la figura 1.1. Es más probable, empero, que la respuesta se centre en la historia y no en la estrategia.

La cualidad de los resultados

Los modelos, utilizados para simplificar una realidad compleja e incontrolable, representan con frecuencia situaciones estáticas. Describir un cambio significa, por tanto, un gran desafío. No obstante, los modelos describen situaciones en las que es posible algún tipo de cambio. El resultado (no las muchas rectificaciones intermedias) es, en consecuencia, el concepto más importante en cuanto a «solucionar» los problemas suscitados por la elección política.

No lograremos nada que tenga algún valor a menos que podamos comparar los resultados a partir de sus cualidades como soluciones. Después de todo, un resultado es sólo una solución en el sentido que responde a la pregunta «¿Qué hacemos?». Es mejor hacer algunas cosas y no otras porque los resultados mismos parecen más justos o tienen como consecuencia un mayor bienestar para un mayor número de ciudadanos.

Recordemos a nuestros todavía indecisos hungaros, más interesados en la decisión misma que en el mero hecho de decidir. Si eligen incorrectamente, morirán de sed o apaleados por los feroces raouli. La teoría espacial es, en gran parte, una teoría positiva, lo cual significa que considera cuestiones fácticas: *ciertas pautas relativas a las preferencias de los votantes, filtradas a través de ciertas instituciones para sumar dichas preferencias, permiten predecir resultados específicos*. Pero la teoría debe ayudarnos también a analizar cuán buenos son los resultados, si la empresa de la política analítica va a tener un valor duradero.

Charles Plott resume algunas contribuciones de la teoría formal de esta manera:

Preferencias × Instituciones ⇒ Resultados

Cabe pensar las «preferencias» como aquello que desean los votantes individuales. Las «instituciones» son las reglas y prácticas (tales como la regla de la mayoría o el sistema legislativo de comisiones) mediante las cuales se toman decisiones colectivas. La ecuación de Plott (1991a), a veces llamada *ecuación fundamental de la política*, ilustra dos de los principios más importantes de la teoría política:

- Si las preferencias cambian, los resultados pueden cambiar aun cuando las instituciones permanezcan constantes.
- Si las instituciones cambian, los resultados pueden cambiar aun cuando las preferencias permanezcan constantes.

Por cierto, cabría alegar que tanto las preferencias como las instituciones son a menudo cambiantes. Y así es, en efecto. Pero mantener la distinción analítica entre los dos tipos o fuentes de cambio es fundamental para comprender la política. Por otra parte, la ecuación de Plott muestra que los cambios de un tipo interactúan con los de otro tipo. Los cambios relativamente pequeños en las preferencias multiplicados por un cambio en la manera en que se cuentan esas preferencias pueden modificar radicalmente los resultados políticos.

Casi toda actividad política pertenece a una o a ambas categorías. Una campaña social para «difundir el voto» procura cambiar el conjunto de preferencias expresadas. Una enmienda constitucional que elimine el Colegio Electoral para elegir a los presidentes de Estados Unidos representa un cambio en las instituciones electorales. La Revolución Francesa fue testigo de la creación de nuevos gobiernos y nuevas constituciones (por ejemplo, cambios en las instituciones). Éstos fueron seguidos por períodos de «educación» (intentos de modificar las preferencias). Los grupos descontentos con el statu quo se centran en la modificación de instituciones y preferencias, consideradas como los mecanismos para efectuar el cambio.

La teoría política proporciona muchos de los criterios elementales para evaluar los resultados en función de sus cualidades éticas. Análogamente, los teóricos de la elección social han señalado que los *medios democráticos* (amplia participación y poder compartido) y los *finés democráticos* (la existencia de una «voluntad del pueblo» coherente) pueden ser incompatibles.

La teoría espacial no tiene nada específico que decir con respecto a ambas cuestiones, pero los modelos espaciales sí proveen un foro donde los fu-

turos politólogos pueden confrontar las implicaciones de sus ideas. Dejando de lado los ornamentos retóricos, es posible evaluar las afirmaciones de las teorías políticas en el nivel más abstracto, donde resulta más fácil discernir si las afirmaciones son verdaderas, falsas o condicionalmente verdaderas.

Emitir juicios y expresar preferencias

Antes de seguir adelante, conviene advertir que el problema de los hun-gats es muy diferente de muchos de los problemas analizados en este libro. Para decirlo en términos más generales, los desacuerdos fundamentales dentro de la sociedad pueden tomar dos formas:

1. *Desacuerdo sobre valores o expresiones de preferencia:* si diferentes personas tienen metas diferentes, es posible que favorezcan diferentes medios. Los tres miembros de nuestro club social tenían diferentes ideas sobre el «mejor» presupuesto para asignar a las fiestas del grupo. La razón de este disenso posiblemente resida en el peso que cada miembro les confiere a las fiestas, consideradas como un componente de todas las actividades del club. Los tres miembros saben que las fiestas son divertidas, solamente difieren en el valor que asocian con esa actividad. Esta forma de desacuerdo no es susceptible de discusión o persuasión. Como luego veremos, tal tipo de disenso provoca serios y difíciles problemas en la elección colectiva.
2. *Desacuerdos sobre los juicios o medios:* el desacuerdo también es posible cuando todos los miembros de un grupo tienen la misma meta, pero no están cabalmente informados sobre las consecuencias de las opciones particulares. Tal es la posición de los hun-gats. Coinciden en vivir en un lugar donde haya agua, animales de caza, una tierra apta para el cultivo y no sean atacados por otras tribus. Si tuvieran la certeza de que ir al sur significa morir de sed, entonces no irían. Si marchar al norte implica ser apaleados por los raouli, indudablemente nadie querría ir al norte. ¡Pero no lo saben! Por consiguiente, su problema consiste en descubrir la *sabiduría colectiva* del grupo y no sumar meramente sus *preferencias*.³

3. Como señala Monroe (1995), la idea de «sabiduría colectiva» debe atribuirse a Aristóteles, aunque Rousseau la desarrolló más exhaustivamente. Monroe cita la *Política* de Aristóteles (libro 3, capítulo 11): «Pues es posible que los muchos, ninguno de los cuales, tomado individualmente, es un hombre sensato, puedan, empero, tomados en conjunto, ser mejores que los pocos, no desde un punto de vista individual sino colectivo».

Nuestro análisis de la teoría política de Rousseau, realizado al comienzo del capítulo, debería considerarse desde la perspectiva de la formulación de juicios. La «voluntad general» de Rousseau no es sino la sabiduría o sensatez de la sociedad. Él confiaba en la idoneidad de los mecanismos de votación para descubrir y ayudar a poner en práctica esta sabiduría colectiva en ciertas circunstancias. En lo que resta del libro, nos ocuparemos de las totalizaciones de las preferencias y de los juicios colectivos como si fueran la misma cosa.

La razón estriba en que la política de la elección tiene una estructura común, tomando en cuenta, o bien las preferencias, o bien los juicios. Al cerrar el capítulo, vale la pena repetir que la meta del análisis político consiste en responder tres preguntas fundamentales: 1) ¿Cómo eligen los votantes a los candidatos a quienes votan? 2) ¿Cómo eligen los gobiernos las políticas y plataformas? 3) ¿Cuán satisfactorios son los resultados?

La teoría formal o las teorías que usan modelos matemáticos para representar políticas proporcionan un mecanismo que permite *analizar* la política real examinando en detalle las implicaciones de las diferentes hipótesis «¿qué ocurre si?». La teoría formal que incorpora el modelo espacial de la competencia política suministra un marco integrado dentro del cual se examinan y someten a prueba las afirmaciones de los científicos sociales. Puesto que es posible integrar las tres preguntas fundamentales, cabe utilizar la teoría política analítica para evaluar la verdad de esas afirmaciones. No menos importante es la posibilidad de examinar el valor de las reformas potenciales o de los sistemas alternativos de votación.

El lector recordará que nuestros pobres hun-gats todavía ignoran qué deben hacer. Ni siquiera saben cómo decidir. En los últimos capítulos, daremos las mejores respuestas asequibles en la actualidad, pero la mayoría de las verdades básicas que ofrecemos son condicionales, y puede no haber una única respuesta correcta por definición. ¡La política no es para timoratos y nadie dijo que sería fácil!

Ejercicios

- 1.1. El lenguaje de la política cotidiana está colmado de alusiones espaciales, incluida la «izquierda», el «centro» y la «derecha». Durante unos pocos días, el lector debe echar una ojeada a los artículos de los periódicos o de los semanarios de noticias y encontrar tres o más ejemplos de lenguaje espacial explícito. Luego resumirá, usando sus propias palabras, las diferencias entre la izquierda y la derecha apa-

rentemente implícitas en los artículos. Los términos empleados ¿guardan coherencia con los ejemplos que encontró el lector?

- 1.2. Los argumentos «normativos» son disputas sobre lo que *debería ser*. Los argumentos «positivos» son afirmaciones acerca de lo que *es*. Sin embargo, esta distinción significa a menudo menos de lo que parece denotar, porque ambos tipos de argumento se suelen hacer simultáneamente. En el siguiente fragmento, el lector debe identificar, como mínimo, dos argumentos normativos y dos positivos:

La justicia es la primera virtud de las instituciones sociales, como la verdad lo es de los sistemas de pensamiento. Una teoría, al margen de lo elegante o económica que sea, debe rechazarse o corregirse si no es verdadera; análogamente, las leyes e instituciones, no importa cuán eficaces y bien organizadas, deben reformarse y abolirse si son injustas. Toda persona posee una inviolabilidad fundada en la justicia que no puede ser soslayada ni siquiera en aras del bienestar de la sociedad en su conjunto. Por esta razón, la justicia niega que la pérdida de libertad de algunos individuos justifique el bien mayor compartido por otros. Tampoco permite que los sacrificios impuestos a unos pocos sean excedidos por la suma mayor de las ventajas disfrutadas por muchos. En consecuencia, en toda sociedad justa se dan por sentadas las libertades de una ciudadanía de iguales; los derechos garantizados por la justicia no están sujetos a la negociación política ni al cálculo de los intereses sociales. Lo único que nos permite aceptar una teoría errónea es la falta de una mejor; de manera similar, una injusticia es tolerable cuando es necesaria para evitar una injusticia todavía mayor. Dado que las virtudes de las actividades humanas están primero, la verdad y la justicia no son negociables (Rawls, 1971: 3-4).

2

El modelo espacial de Downs y Black: una dimensión política única

Estarás más seguro en la mediana.

OVIDIO,

Las metamorfosis, Libro II, 137

La idea de la competencia espacial proviene de Hotelling (1929) y de Smithies (1941), quienes utilizaron el «espacio» para describir la necesidad de las compañías de estar cerca de los mercados. La teoría espacial fue adaptada para la política analítica por dos precursores: Anthony Downs, en *An Economic Theory of Democracy* (1957) y Duncan Black, en *The Theory of Committees and Elections* (1958). Ambos descubrieron dos de las más importantes contribuciones teóricas de la teoría política analítica.

- El poder político se halla en el «medio» de la distribución de ciudadanos *efectivamente* habilitados para votar por las instituciones políticas de la sociedad.
- La estabilidad de los sistemas políticos es una variable o tema de análisis. La estabilidad depende de la distribución y naturaleza de las preferencias de los ciudadanos, así como de las reglas utilizadas para sumar estas preferencias en las elecciones sociales.

La contribución de los teóricos espaciales que se basaron en la obra de Downs y Black consiste en haber enunciado con mucha precisión estos

Incertidumbre y preferencia política

Más vale morir; más vale reventar de hambre que solicitar el salario que hemos comenzado por merecer. ¿Por qué estoy aquí, bajo esta vestidura de lana, mendigando a todos los rústicos y a todos los charlatanes que vienen a dar sus sufragios sin valor? Si obedeciéramos en todas las cosas lo que quiere la costumbre, el polvo no barrido se amontonaría sobre el tiempo pasado, y la montaña del error se elevaría demasiado alta para que la verdad pudiese dominarla. Antes que ser tan tonto como eso, vale más dejar ir a los altos empleos y dignidades a los que quieren someterse a tales cosas. He hecho ya la mitad del camino, he sufrido la primera parte; acabaré la segunda.

WILLIAM SHAKESPEARE,
Coriolanus, 1608, Acto II, escena III*

Downs (1957) sentó los fundamentos del modelo clásico. Pero vio claramente la necesidad de crear un modelo más amplio e integrado, de suerte que procuró incorporar mejores hipótesis en su análisis de la política. Como señala John Ferejohn:

La metáfora espacial se ha convertido, por el momento, en una manera tan común y poderosa de describir la competencia electoral que los estudiantes y

* Traducción de Luis Astrana Marín. [N. del T.]

periodistas la usan inconscientemente para referirse a los fenómenos electorales, sin reconocer ni sus limitaciones ni sus supuestos fundacionales. Pero en la introducción original al modelo espacial, Downs se muestra bastante precavido en lo referente a la aplicabilidad de la teoría espacial a las elecciones reales. En su libro, dedica mucho espacio y esfuerzo a examinar las condiciones en las cuales cabe comprender la competencia electoral en función del modelo espacial. Específicamente, procura desarrollar una teoría en la que los partidos compiten por el cargo valiéndose de promesas, y los votantes basan sus votos en la comparación de estas promesas (1993: 107).

El modelo espacial clásico simplifica tanto las «promesas» de los candidatos como las razones para hacerlas. Primero, todos los participantes conocen la distribución de los puntos ideales del votante. Segundo, las plataformas y candidatos son indistinguibles. En el modelo clásico, plataformas y candidatos no son sino vectores de las posiciones políticas. Estas simplificaciones resultan cruciales para la exposición del modelo, pero ahora que el lector ya ha dominado los rudimentos, es tiempo de incorporar algunas de las advertencias de Downs sobre la aplicación de la teoría espacial a las elecciones reales. ¿Qué sucede en verdad cuando un candidato debe ponerse su «vestidura de lana» y salir en busca de los rústicos y charlatanes para obtener esos «sufragios innecesarios»?

En este capítulo, permitimos la incertidumbre frente a las posiciones del votante, así como la distinción entre plataformas y candidatos, introduciendo tres extensiones del modelo clásico. En el capítulo 1, afirmamos que una ventaja fundamental para sintetizar la teorización analítica consiste en preguntar «qué ocurre si». Consideraremos aquí tres interrogantes de este tipo y compararemos las respuestas con las respuestas implícitas en el modelo clásico.

- ¿Qué ocurre si los candidatos no están seguros de cómo se distribuyen los puntos ideales del votante?
- ¿Qué ocurre si los votantes no están seguros de lo que harán los candidatos una vez en el cargo?
- ¿Qué ocurre si los candidatos tienen algunas preferencias propias sobre los resultados?

El modelo clásico requiere que 1) se conozca la distribución de votantes; 2) todo participante pueda proponer cualquier plataforma y 3) a los participantes sólo les interese ganar y no tengan preferencias políticas. Hemos mostrado que la hipótesis del poder de propuesta no es esencial:

aunque sólo dos partidos puedan hacer propuestas, el resultado será el mismo que en el caso del libre poder de propuesta, siempre que a los partidos les interese únicamente ganar.

Además, los candidatos toman posiciones idénticas porque *el equilibrio requiere la convergencia a la posición mediana*. Dado que el modelo presentado hasta aquí no da lugar a comparaciones de incertidumbre acerca de lo que harán los candidatos, éstos podrían también ser clones. Esta cualidad de «Tweedledum y Tweedledee»* del modelo clásico fue criticada desde muchos sectores, tanto por la falta de realismo de sus hipótesis como por la inexactitud (discutible) de la predicción básica de convergencia. Considerando *la incertidumbre del candidato, la incertidumbre del votante y las preferencias políticas del candidato*, podemos investigar la solidez de las predicciones del modelo clásico bajo supuestos más plausibles acerca de la competencia política.

La posición de los votantes

En las campañas políticas, se gastan grandes cantidades de tiempo y dinero formulando preguntas a los votantes, conduciendo a los grupos activistas o considerando las características demográficas de las diferentes partes del electorado. ¿Por qué los políticos y sus colaboradores hacen estas cosas? Los candidatos necesitan saber qué quieren los votantes, cuáles son sus preferencias. En el lenguaje común de la teoría espacial, las campañas tratan de conocer la distribución de las preferencias del votante para que los candidatos puedan colocarse en el medio de esa distribución.

Supongamos que no sabemos lo que quieren los votantes. ¿Cómo podemos predecir lo que harán los políticos? Es posible que el resultado sea aleatorio: si no se observan directamente las preferencias de los votantes, entonces los políticos se limitarán a escoger una plataforma basándose en una conjetura sobre la distribución de las preferencias del votante. El candidato más cercano al centro de la distribución (no observable) de los puntos ideales del votante ganará la elección. Pero en ese caso, ¿qué ocurre con la predicción de la convergencia al centro?

Supongamos que los candidatos seleccionan la plataforma que representa su mejor conjetura en el punto ideal del votante mediano (o en el

* Dos personajes idénticos, sólo discernibles por las leyendas bordadas en los respectivos cuellos: Dum y Dec. Lewis Carroll, *A través del espejo y lo que encontré Alicia allí*. [N. del T.]

La probabilidad x es una posición mediana

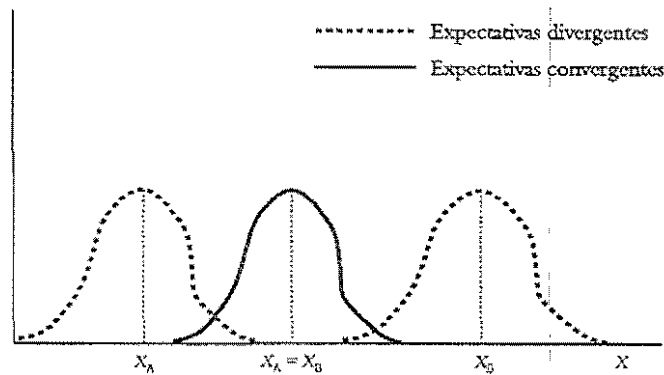


Figura 6.1. Si las expectativas convergen, las plataformas del candidato convergen; si las expectativas divergen, las plataformas divergen.

intervalo de las posiciones medianas). Si dos candidatos tienen acceso a la misma información (datos proporcionados por las encuestas, las consultoras, etcétera), entonces sus «mejores conjeturas» sobre la posición del votante mediano serán también las mismas. Ahora bien, si la posición (esperada) del votante mediano es la misma para ambos candidatos, se preservará la predicción de convergencia. Por otra parte, si las estimaciones de los encuestadores son, en promedio, correctas, el punto de convergencia se centrará en la situación *real* del votante mediano.

Para observar su funcionamiento, examinemos las distribuciones de las posiciones medianas en la figura 6.1. La distribución central (línea continua) representa una distribución de las probabilidades que los candidatos atribuyen a la eventualidad de que éstas sean las verdaderas posiciones medianas para los votantes en las próximas elecciones. Desde luego, la mayoría de las posiciones no tiene ninguna probabilidad de ser una posición mediana. No así las posiciones próximas al centro de la distribución, pues es muy posible que el votante mediano tenga uno de esos puntos ideales. La curva continua se denomina «expectativas convergentes», lo cual significa que los dos candidatos (Y y Z) tienen datos similares sobre la distribución de la preferencia del votante.

Obviamente, si a los candidatos sólo les importa ganar y tienen la misma información sobre el posicionamiento del votante mediano, elegirán la misma plataforma x . La plataforma óptima (suponiendo que la distribución de las posiciones medianas esperadas sea continua y de un solo to-

pe) es la «mediana media» o centro de la distribución de medianas.¹ Así, en la figura 6.1, $x_Z = x_Y$ si las expectativas son convergentes.

Por otro lado, si las expectativas sobre la posición del punto ideal de votante mediano no son idénticas, tampoco lo son las posiciones de los candidatos. Si el candidato Z elige una plataforma basándose en un conjunto de entrevistas o consejos, y el candidato Y utiliza una información diferente, ambos candidatos pueden tener distintas expectativas con respecto a la posición mediana. En consecuencia, y tal como en la figura 6.1 (las curvas de puntos describen las distribuciones), los candidatos pueden elegir *inicialmente* diferentes plataformas ($x_Z \neq x_Y$).

Este «resultado» tiene poca significación, y ello por dos razones. Primero, en los electorados numerosos no hay expectativas muy divergentes, a menos que la firma encargada de la encuesta resulte incompetente.² Frente a una información similar, los profesionales de la política infieren conclusiones similares. Segundo —y más importante—, *cualesquiera sean las posiciones iniciales de los candidatos*, la divergencia no es un equilibrio, dada la lógica de la competencia política. Si un candidato asume una posición distinta de la del opositor, cada uno de ellos notará de inmediato que puede aumentar sus votos desplazándose hacia el oponente.

Conviene resumir el análisis previo en tres teoremas, los cuales se enunciarán sin las correspondientes pruebas (para los primeros trabajos sobre la importancia de la preferencia media bajo el principio de incertidumbre, véase Davis y Hinich, 1968; para un análisis más detallado, así como para las demostraciones de estos resultados, véanse Calvert, 1985, Teoremas 3-7; y Wittman, 1990). A fin de simplificar la intuición, las hipótesis de los teoremas son más restrictivas que necesarias.

Teorema 6.1. *Supongamos que se conoce con exactitud la existencia de una posición mediana, pero se desconoce su situación. Si la distribución de las posibles posiciones medianas es unimodal, simétrica y compartida, entonces los candidatos*

1. Si el objetivo fuera *exactamente* correcto, los candidatos elegirían, desde luego, la mediana modal. Sin embargo, el objetivo es estar lo más cerca posible, de manera que la plataforma óptima es la mediana media. Empero, puede no haber un medio bien definido en el espacio multidimensional de los puntos ideales de un legislador, tal como señalan Goff y Grier (1993).

2. Otra posibilidad, más allá del alcance de este libro, es que la forma de la distribución sea acennuadamente bimodal, de suerte que la identidad del votante mediano resulte sumamente discontinua respecto de los pequeños cambios en la asistencia. Por otra parte, la cuestión de cómo se obtiene la información es bastante problemática. Posiblemente, las campañas manejen en secreto cuanto saben sobre la posición del votante. Para una tentativa de configurar esta situación, véase Ferejohn y Noll (1978).

adoptarán posiciones idénticas en la situación de la media de la distribución de medianas.

Teorema 6.2. *Si la distribución de las posibles posiciones medianas es unimodal y simétrica pero los candidatos tienen diferentes percepciones de esta distribución, entonces los candidatos adoptarán, inicialmente, posiciones divergentes en la situación de las medias de las distribuciones percibidas de medianas. Estas posiciones divergentes no son, sin embargo, un equilibrio. Si los candidatos pueden desplazarse, adoptarán posiciones idénticas en alguna parte situada entre las dos medias divergentes percibidas de las distribuciones de medianas.*

Teorema 6.3. *Si los candidatos no están seguros de la situación de los votantes y buscan alguna mezcla de política y reelección, entonces las posiciones del candidato divergirán en equilibrio. En efecto, en esas circunstancias no existe ningún equilibrio convergente. Sin embargo, el grado de divergencia depende del grado de incertidumbre y de la mezcla de política-reelección en las motivaciones de los candidatos. Solamente si la incertidumbre es extrema y las motivaciones basadas en la reelección son triviales, el grado de divergencia será sustancialmente significativo.*

La incertidumbre sobre la posición mediana no es, en sí misma, suficiente para rechazar la predicción de convergencia. El centro todavía rige, aunque la localización del centro es ahora difícil de identificar antes de una elección, por cuanto se comparten las percepciones de la distribución de votantes. Si las percepciones difieren, las posiciones pueden divergir, pero como un producto de la diferencia en las expectativas y no como incertidumbre per se. Por lo demás, aunque las expectativas diverjan, los candidatos se ajustarán a un equilibrio convergente, en caso de poder hacerlo.³

La incertidumbre del votante acerca de lo que harán los candidatos

Según el modelo clásico, los votantes eligen basándose en lo que dicen los candidatos. Es posible que a los votantes reales les preocupe lo que dice el

3. Como señala Calvert: «Los candidatos [...] pueden elegir plataformas muy diferentes en equilibrio cuando tienen ideas muy diferentes sobre las probabilidades de ganar. Sin embargo, esto debería considerarse, propiamente hablando, no como un rasgo de las instituciones electorales mismas, sino como un resultado directo del desacuerdo de los candidatos» (1985: 80).

candidato, porque ésa puede ser la única forma de discernir lo que él hará. Empero, como señala Jeffrey Banks:

Según [el] supuesto fuerte implícito en el modelo [clásico], las posiciones anunciadas por los candidatos antes de la elección serán las posiciones que pondrán en práctica una vez en el cargo. Dado que los votantes tienen, indefectiblemente, preferencias definidas referentes a los resultados políticos y no a la proclama electoral per se, aunque la única información que poseen en el momento de votar consista en esas declaraciones, la equivalencia de la posición anunciada y el resultado de la política parece estar basada en la maleabilidad analítica a expensas del realismo (1990: 311).

En este apartado, nos ocupamos de la distribución de las expectativas del votante sobre lo que harán los candidatos una vez en funciones, *tomando en cuenta sus promesas*. El modelo clásico describe a los candidatos como puntos en el espacio político. Permitir la incertidumbre del votante respecto de las posiciones del candidato implica una distribución definida a lo largo de un intervalo. Dentro de este intervalo (suponiendo que el conjunto de posibles políticas sea continuo), cabe implementar muchas y diversas políticas después de la elección. Por consiguiente, estamos permitiendo que haya cierta diferencia —en la percepción de los votantes— entre las promesas de los políticos y lo que sucederá realmente.⁴

La figura 6.2 muestra tres niveles muy distintos de incertidumbre del votante frente a las consecuencias políticas de la elección de un candidato. El panel a) describe a un candidato que no suscita incertidumbre alguna. La distribución de las consecuencias políticas esperadas es un punto. El panel b) representa a un candidato a quien los votantes perciben como moderadamente comprometido con una política específica. Los votantes admiten que este candidato puede elegir cualquier otra política o bien no cumplir con lo prometido por alguna razón. El panel c) muestra a un candidato sin ninguna credibilidad. Al igual que en los dos primeros paneles, la acción política «esperada» de este candidato (por ejemplo, la media) es la misma que la propuesta en su plataforma; pero la distribución de las políticas reales está uniformemente distribuida a lo largo de todas las políticas viables.⁵

4. Para una obra significativa sobre este punto, véanse Ferejohn y Noll (1978), Ferejohn (1986) y Banks (1990, 1991).

5. Es muy posible, desde luego, que la distribución de las posiciones esperadas no sea simétrica. Una leve modificación permitiría que la media de la distribución de la política esperada difiriese de las posiciones declaradas del candidato. La última posibilidad exige alguna distri-

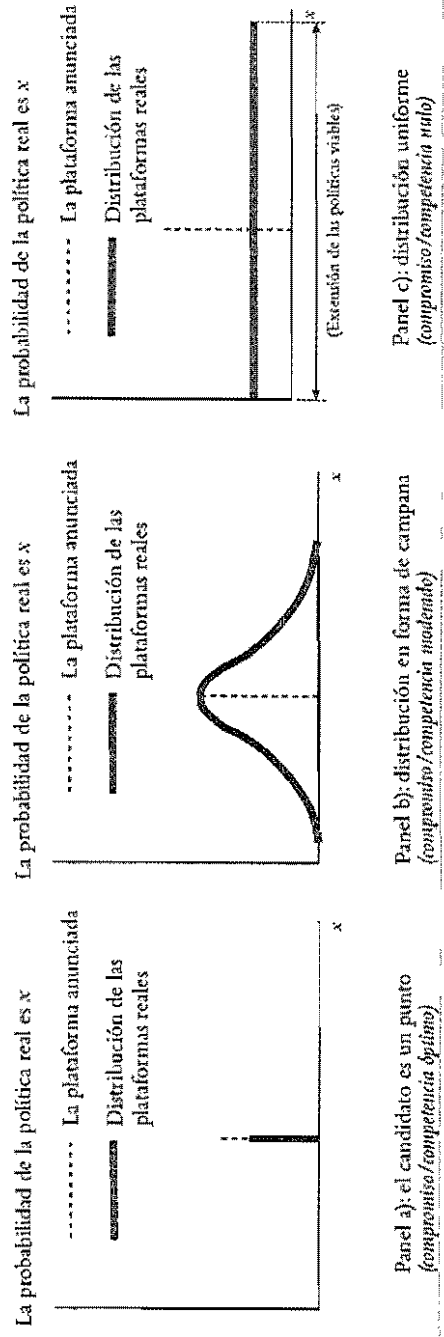


Figura 6.2. Niveles de incertidumbre del votante frente a las consecuencias políticas de la elección de un candidato.

La pregunta sobre cómo es posible inducir estas distribuciones en la mente de los votantes es muy compleja y trasciende el alcance de este libro (para los posibles orígenes de las expectativas del votante, dada la plataforma a la cual se adhiere el candidato, véanse Bernhardt e Ingberman, 1985; Ferejohn, 1986; Banks, 1990; Austen-Smith, 1990; Enelow y Munger, 1993 o Hinich y Munger, 1994).⁶ Si los votantes tienen esas expectativas, podemos incorporar, en nuestro modelo de la elección del votante, la diferencia entre el panel a) de la figura 6.2 (certidumbre) y los otros paneles (incertidumbre moderada o completa).

Supongamos que el candidato Nagaer es un conservador comprometido cuyas posiciones, tomadas en los últimos veinte años en distintas esferas, han sido coherentes. Imaginemos que el oponente de Nagaer, Sikakud, ha asumido una variedad de posturas sobre distintas cuestiones, pero ha sido un liberal. Supongamos que durante la campaña Nagaer continúa defendiendo posiciones derechistas, aunque su política esperada se halla claramente a la derecha de las políticas que más prefiere el votante mediano. Considerando este hecho, Sikakud se proclama alegremente el candidato del centro y espera obtener una victoria aplastante. (¡Sikakud leyó hasta el capítulo 2 de este libro y sabe que el TVM lo beneficia!)

Los votantes (A, B y C) han leído ciertamente todo el libro o actúan como si lo hubieran hecho, de modo que sus elecciones son más complejas y sofisticadas de lo que piensa Sikakud. Consideremos la figura 6.3, donde se describe la comparación de las percepciones de los votantes relativas a la distribución de las políticas esperadas de los dos candidatos. La distribución de Sikakud (línea continua) está *centrada* en la posición mediana (x_2), tal como lo había previsto. Empero, como tomó diversas posiciones en el pasado, la *dispersión* de sus acciones esperadas una vez en el cargo es alta. La distribución de Nagaer (línea de puntos) se encuentra, por el contrario, centrada a cierta distancia de la mediana. Pero debido al conservadurismo consistente de Nagaer, hay muy poca variancia percibi-

bución previa sobre la acción del candidato, la cual podría o no actualizarse en respuesta a los nuevos mensajes de los candidatos. Para un proceso relativamente sencillo de actualización donde se usa la regla de Bayes, véase Hinich y Munger (1994).

6. Para métodos alternativos de inducir creencias en los votantes respecto de los candidatos, véase Zaller (1992) o Jones (1994). Por lo demás, una contribución importante a la bibliografía experimental es la demostración de que los votantes pueden confiar más en los avales o señales que en la experiencia directa. (McKelvey y Ordeshook, 1985; Collier *et al.*, 1987; Williams, 1994). Según las implicaciones de estos trabajos, parecería que en las elecciones todos los votantes tuviesen percepciones certeras, aunque sólo algunos de ellos cuenten con una información completa.

La probabilidad x_i se implementa después de la elección

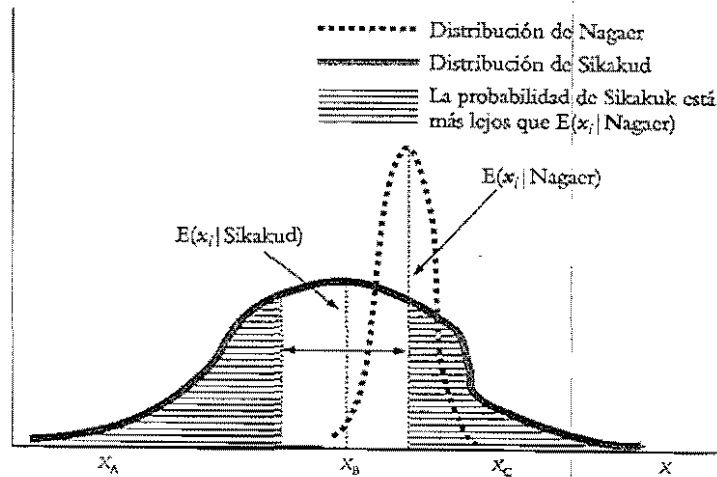


Figura 6.3. Los votantes buscan el equilibrio entre la política esperada y la incertidumbre: el votante mediano prefiere a Nagaer debido a la mayor probabilidad de que Sikakud sea incluso peor.

da en torno a esta tendencia central. Las claves intuitivas para la elección del votante mediano B corresponden a las zonas rayadas en los extremos izquierdo y derecho de la distribución de Sikakud. Esas zonas representan la probabilidad de que la política real puesta en práctica por Sikakud, en caso de ser electo, sea peor (más alejada del punto ideal de B) que el valor medio de la distribución política esperada de Nagaer. Supongamos que las funciones de utilidad del votante sean cuadráticas, lo cual significa que, de ser electo, la utilidad del candidato Y es $-(x_Y - x_i)^2$. Esos votantes tal vez acepten una política esperada que se aleje un poco de su punto ideal, si se reduce el riesgo de una separación considerable. En ese caso, la probabilidad de que se implementen las políticas alejadas de x_B perjudica las oportunidades de Sikakud.

El siguiente apartado presenta un panorama más completo del modelo para el lector familiarizado con la estadística elemental. Antes de seguir adelante, se impone una aclaración: los candidatos del ejemplo previo son personajes ficticios. El hecho de que Nagaer, deletreado al revés, sea «Reagan» y Sikakud, «Dukakis» es una mera coincidencia.

Detalles para quienes poseen una mente estadística

Supongamos que hay una sola dimensión política x , que las preferencias son cuadráticas y que el punto ideal del votante es x_i . Imaginemos que hay dos candidatos, R y D, cuyas posiciones políticas son x_R y x_D . Estas variables aleatorias están distribuidas con las medias \bar{x}_R y \bar{x}_D y se da por sentado que sus variancias son conocidas. Si i escoge al candidato que le proporciona la mayor utilidad esperada, ello implica la siguiente regla de decisión (nota: $E[-]$ es quien negocia las expectativas):

$$E[(x_i - x_R)^2] < E[(x_i - x_D)^2] \quad \text{Voto para R} \quad (6.1)$$

$$E[(x_i - x_R)^2] > E[(x_i - x_D)^2] \quad \text{Voto para D} \quad (6.2)$$

$$E[(x_i - x_R)^2] = E[(x_i - x_D)^2] \quad \text{Elección aleatoria} \quad (6.3)$$

Podemos representar las variables aleatorias según se distribuyen (simétricamente) en torno a sus medias:

$$x_R = \bar{x}_R + \epsilon_R \quad (6.4)$$

$$x_D = \bar{x}_D + \epsilon_D \quad (6.5)$$

donde ϵ_R y ϵ_D son los términos del error aleatorio de la media cero. Pero ello significa que podemos reescribir la regla de decisión sustituyendo las definiciones de las variables aleatorias. Por ejemplo, i vota a R si:

$$E[(x_i - (\bar{x}_R + \epsilon_R))^2] < E[(x_i - (\bar{x}_D + \epsilon_D))^2] \quad (6.6)$$

y así sucesivamente. Si elevamos ambos lados al cuadrado, tomamos las expectativas y reunimos los términos, descubrimos que i votará a R si

$$(x_i - \bar{x}_R)^2 + E(\epsilon_R^2) < (x_i - \bar{x}_D)^2 + E(\epsilon_D^2) \quad (6.7)$$

Dado que $E(\epsilon_R) = E(\epsilon_D) = 0$, los términos del valor esperado sobre ambos lados de (6.7) son simplemente las variancias de las posiciones esperadas de R y D, respectivamente. Por tanto, los siguientes resultados son obvios:

- Si $\bar{x}_R = \bar{x}_D$, ganará siempre el candidato con la variancia más baja.
- Si $\bar{x}_R \neq \bar{x}_D$, es posible que el candidato situado en x_i (el valor esperado) pierda cuando su variancia de la política esperada es amplia. (Véase ejercicio 6.3.)

Comenzamos este apartado preguntando si en el modelo espacial la incertidumbre del votante acerca de los candidatos da origen a la divergencia en equilibrio. A primera vista, se diría que la respuesta es sí. Pues bien, no lo es. Hemos mostrado que si las posiciones divergen, el candidato más alejado de la mediana *puede* ganar cuando su variancia es menor que la variancia del candidato centrista. Pero ello es cierto sólo si los candidatos están fijos en una posición por algún motivo: la divergencia no es, en un sentido técnico, un resultado del equilibrio. A un candidato de poca variancia le va mejor en el centro que en cualquier otra parte, exactamente como antes.

Sin embargo, hay una posibilidad de generar la divergencia en equilibrio, un hecho que están empezando a comprender los cientistas sociales. Esta posibilidad es que la «tecnología del compromiso», vale decir, el proceso cognitivo por el cual los votantes alientan expectativas sobre lo que probablemente harán los candidatos una vez en el cargo, favorece a los extremistas.⁷ Dicho en otras palabras, aunque no es posible comprometerse a ser un centrista con la misma variancia baja, sí es posible comprometerse con posiciones más extremas, sea a la derecha o a la izquierda. Después de todo, el centro es el área de las transacciones y de la protección del statu quo.

Los extremistas políticos suelen ser más puros y consistentes desde el punto de vista doctrinario y, por lo tanto, tienen una variancia percibida más baja que la de los candidatos situados en el centro. Si ello es así (un tema que analizaremos con detalle en el capítulo 9), entonces la tecnología misma del compromiso puede implicar la divergencia en equilibrio. Sin este presupuesto, empero, no hay nada acerca de la incertidumbre del votante que afecte *necesariamente* a la predicción de convergencia hacia el centro de ambos candidatos.

7. La «teoría direccional» de Rabinowitz y Macdonald (1989) incorpora parte de este razonamiento (los candidatos ganadores deben ser extremistas, pero no «demasiado» extremistas). Hinich y Munger (1994) también argumentan en favor de la divergencia, basándose en la necesidad de una heterodoxia coherente, u oposición ideológica, para derrotar a los funcionarios gubernamentales. Alesina y Rosenthal (1995) analizan las implicaciones de la divergencia de los partidos para el sistema federal estadounidense de gobierno.

Los candidatos (o los partidos que los nominan) pueden tener metas políticas propias. Dicho de otro modo, es posible que las motivaciones de los políticos no se limiten a ocupar un cargo, sino también a cambiar el gobierno. Ese tipo de candidatos se preocupa *tanto* por ganar *como* por las políticas que realmente se promulgan.

Los candidatos tienen preferencias políticas por diversas razones. Una de ellas es satisfacer a los partidarios que albergan preferencias políticas. Las personas que trabajan voluntariamente o contribuyen con dinero son necesarias para realizar las tareas propias de toda campaña electoral. Si los simpatizantes y colaboradores tienen preferencias políticas, entonces los candidatos tal vez deban actuar como si también las tuviesen. Por lo demás, ¿no es sensato esperar que los políticos se interesen genuinamente por las políticas que se promulgan? El hecho de tener y defender un conjunto específico de metas políticas puede ser, en principio, la razón por la cual el miembro fue seleccionado como candidato.⁸

La extensión del modelo espacial para dar cabida a las motivaciones políticas de los candidatos fue recomendada, entre otros, por Bental y Ben-Zion (1975), Wittman (1977, 1983, 1990), Cox (1984a), Calvert (1985) y Enelow (1992). En vez de reproducir sus análisis, damos simplemente una vislumbre de la lógica de la situación del candidato cuando a los candidatos les importa la política. Consideremos el acertado resumen de Calvert:

En el modelo electoral, no tiene importancia si tratamos o no a los candidatos mismos como votantes, pues tomando en consideración la finalidad del modelo, podemos imaginar al candidato que vota como dos personas separadas: una de ellas es el votante; la otra, el candidato cuyos puntos ideales da la casualidad que son idénticos a los de aquel. *El candidato políticamente orientado que vota en una elección enfrenta exactamente el mismo problema que el miembro del comité con poder de voto.* Su tarea consiste en elegir una propuesta que, cuando se la compara con la contraria, da un resultado más próximo a su ideal [...]. Es ciertamente plausible esperar que los candidatos tengan preferencias polí-

8. Para un análisis del proceso de selección de candidatos en las elecciones presidenciales de Estados Unidos, véase Aldrich (1980). Para ejemplificar un juego de selección en un nivel más abstracto, véase Hinich y Munger (1994, capítulo 9). Existen pruebas persuasivas, aunque indirectas y empíricas, de que los funcionarios electos persiguen metas políticas consistentes, aun cuando no estén sujetos a las coacciones de la elección. Para una reseña de la literatura reciente sobre el tema, véase Bender y Lott (1996).

ticas y deseen ganar la elección. En efecto, *la recompensa de ganar es, en sí misma, el único rasgo que podría establecer formalmente una distinción entre los modelos habituales para tomar decisiones en el comité y la competencia electoral con candidatos orientados políticamente* [...]. En un comité bipartidista, el resultado es idéntico al obtenido cuando cada miembro cuenta con poder de propuesta, pues los partidos se ven obligados a aprovechar al máximo sus ventajas a fin de ganar (1985: 79, la cursiva es nuestra).

En este pasaje, Calvert capta la diferencia clave entre las decisiones tomadas en el comité y las elecciones desde el punto de vista de quienes hacen las propuestas. En la decisión clásica de comité, la gente se interesa sólo por la política y tiene libre poder de propuesta. Conforme a la predicción del modelo, el resultado será el punto ideal del votante mediano. En la elección entre dos candidatos a quienes sólo les interesa ganar, el resultado será nuevamente el punto ideal del votante mediano, aunque por distintas razones: como las otras posiciones pierden, los candidatos se desplazan a la mediana a fin de ganar.

Para aclarar esta cuestión, es preciso introducir una técnica denominada por los científicos sociales «teoría de juegos». En el breve apartado siguiente, presentamos algunos conceptos básicos de la teoría de juegos no cooperativa. Aunque los resultados de este enfoque son muy similares a los del modelo clásico, las diferencias en la manera de definir la idea de equilibrio son lo suficientemente importantes para merecer su propio apartado.

La teoría de juegos y la competencia política

El modelo espacial clásico utiliza el razonamiento «teórico de la decisión». Ello significa que el investigador da por sentada la conducta «racional» (informada y optimizante) de todos los que participan, pero trata a cada uno de ellos como si sus acciones no afectasen los resultados esperados de los demás copartícipes. De ese modo, es posible evaluar aisladamente las acciones de cada participante.

La teoría de juegos proporciona una forma de incorporar las acciones de otros dando cuenta del contexto estratégico. Ello puede ser importante: la mejor acción de A depende de lo que A espera que haga B. La trampa consiste en que B también está pensando, antes de elegir, en lo que podría hacer A. La existencia de una elección «mejor» ya no es obvia, pues la mejor elección de cada jugador puede depender de lo que se espera que

hagan otros individuos, lo cual nos conduce aparentemente a una regresión infinita: «A piensa que B piensa que A piensa...». Pero ello no es necesariamente cierto. En rigor, hay algunas soluciones elegantes al problema, aunque la mayoría se hallan fuera del alcance de este libro. Analizaremos sólo el concepto más elemental de solución en la teoría de juegos: «el equilibrio de Nash».⁹

Los supuestos conductuales que sustentan los juegos de Nash son los siguientes:

- Los jugadores se desplazan simultánea pero ciegamente, o lo hacen por turnos.
- Todos los jugadores conocen (y saben que todos conocen) el contexto: las reglas del juego, el conjunto de estrategias viables, así como los réditos asociados y las funciones de utilidad para todos los jugadores.¹⁰
- En cada turno, cada jugador supone que *el juego más reciente de los otros jugadores está fijo* y elige la mejor respuesta para este vector de posiciones.

El miope supuesto conductual parece tonto cuando se lo aplica a los juegos de Nash. De hecho, la suposición de que las acciones están fijas es a menudo desestimada como absurda por las personas que se encuentran por primera vez con esa hipótesis. De hecho, el enfoque es teóricamente poderoso tanto como útil desde el punto de vista práctico. La razón es que debe de ser cierto que *en equilibrio nada cambia*. Este conjunto de acciones mutuamente consistentes («mi juego es la mejor respuesta a tu juego, que es la mejor respuesta a mi juego») proporciona la definición misma del equilibrio de Nash.

Equilibrio de Nash. Para dos jugadores, sea (por ejemplo) $U_1(S_1, S_2)$ la utilidad del jugador 1, dada su propia elección estratégica S_1 y la estrategia de su oponente, S_2 . Para n jugadores, sea $U_1(S_1, S_{-1})$ la utilidad del ju-

9. El lector interesado en los detalles puede consultar a Binmore (1992) o a Osborne y Rubinstein (1994). Para un panorama de la obra hecha por los teóricos de juegos, véase Ordeshook (1989).

10. Esta premisa se denomina el supuesto del «conocimiento común». La definición más completa se encuentra en Binmore: «En la teoría de juegos, algo es un conocimiento común cuando todos lo saben; todos saben que todos lo saben, y así sucesivamente. Los teóricos de juegos normalmente suponen que las reglas del juego y las preferencias de los jugadores constituyen un conocimiento común» (1992: 150).

gador 1, dada su propia elección estratégica y el vector de las estrategias de todos los jugadores («~1» significa «todos los jugadores distintos de 1»). Por lo tanto, para dos jugadores, un par de estrategias (S_1^*, S_2^*) es un equilibrio de Nash si y sólo si las dos expresiones siguientes son ambas verdaderas:

$$U_1(S_1^*, S_2^*) \geq U_1(S_1, S_2^*) \quad (6.8)$$

$$U_2(S_2^*, S_1^*) \geq U_2(S_2, S_1^*) \quad (6.9)$$

donde S_1 y S_2 son cualesquiera estrategias diferentes de S_1^* y S_2^* , respectivamente. El equilibrio de Nash, en su formulación general, es un vector estratégico S^* tal que para la estrategia de cada jugador i , dadas las estrategias de todos los otros jugadores,

$$U_i(S_i^*, S_{-i}^*) \geq U_i(S_i, S_{-i}^*) \quad (6.10)$$

Dicho de otra manera, la única vez que tienen sentido los supuestos conductuales de Nash es en equilibrio. ¡Pero entonces ésa es la única vez que los supuestos necesitan tener sentido!

La conducta de Nash permite una salida a la regresión infinita. Las expectativas de los jugadores se satisfacen en equilibrio y no hay regresión o posibilidad de haber hecho algo mejor, si se toman las posiciones de los otros jugadores como dadas. En el contexto específico del juego electoral de dos jugadores entre los candidatos Y y Z, vemos que ninguna posición está en equilibrio excepto la mediana, siempre y cuando a ambos candidatos-jugadores les interese ganar y les interese la política.

No hay el menor atisbo del proceso dinámico por el cual se logran equilibrios en el concepto de equilibrio de Nash. El punto es que una vez alcanzado un equilibrio, éste se sostiene por el hecho de que ninguno de los candidatos tiene incentivo alguno para desplazarse. Una manera como los candidatos *podrían* alcanzar el equilibrio, vale decir, el punto donde nadie tiene ningún incentivo para cambiar de posición, nos recuerda una descripción utilizada por Cournot (1897) para ilustrar la competencia duopólica.¹¹

Supongamos que hay muchos votantes (con preferencias simétricas) pero una única mediana, x_{med} , situada en el punto ideal del votante me-

11. El concepto de solución de Nash (Nash, 1950) es una generalización del equilibrio de Cournot. Pero la dinámica de alcanzar un equilibrio o de desplazarse desde un equilibrio a otro se halla fuera de la lógica del concepto de Nash.

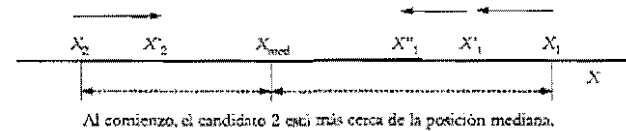


Figura 6.4. Si los candidatos se preocupan exclusivamente por ganar, las plataformas convergen hacia la posición mediana.

diano, y que los candidatos Y y Z tomaron posiciones divergentes en la situación de sus respectivos puntos ideales políticos x_Y y x_Z . A manera de ejemplo, imaginemos que x_Z está más cerca de x_{med} que x_Y . Esta situación se muestra en la figura 6.4.

¿Qué ocurrirá si la elección se realiza hoy? Ganará el candidato Z (recuerden que las preferencias son simétricas), de manera que Y no obtendrá el cargo ni la política deseada. Obviamente, Y debería desplazarse. Su nueva plataforma, x'_Y (más próxima a x_{med}), puede estar lo bastante cerca para ganar por un escasísimo margen: $x'_Y = x_{med} + (|x_{med} - x_Z| - \epsilon)$, donde ϵ denota un número arbitrariamente pequeño. Dicho en palabras, la plataforma de Y está apenas más cerca de la mediana, pero ahora Y gana la elección y, como beneficio adicional, su política se encuentra más próxima a su ideal (aunque no lo alcance). ¿Cuál es la mejor respuesta de Z a la nueva posición de Y? Desplazarse todavía más hacia el centro, desde luego: $x'_Z = x_{med} - (|x_{med} - x'_Y| - \epsilon)$. Pero entonces Y debería responder, tomando x''_Z como fijo: $x''_Y = x_{med} + (|x_{med} - x'_Z| - \epsilon)$.

El proceso de desplazarse al centro continuará hasta que ambos candidatos converjan hacia x_{med} . Aunque resulte sorprendente, esto es cierto *incluso si los candidatos se interesan principalmente por la política*. En el punto mediano, la mejor respuesta de Y a la posición de Z en la mediana es permanecer en la mediana. Análogamente, la mejor respuesta de Z es quedarse en la mediana. Tampoco hay manera de mejorar el nivel de satisfacción del candidato desplazándose a otra posición. Cualquier movimiento significa la pérdida de la elección (quien esté en la mediana es el ganador) y, *de todos modos, no hay ningún cambio en la política*, pues quien se desplazó perdió.

El par estratégico $[x_Y = x_{med}, x_Z = x_{med}]$ es el único equilibrio en el juego de los dos jugadores de Nash. Es importante recordar que a ambos candidatos les interesa la política y les interesa ganar. El hecho de que les importe ganar basta para garantizar la convergencia a la mediana. Éste es el resultado de Calvert (1985), aunque el autor usó un juego más sofisticado y un conjunto más general de supuestos.

En suma, el hecho de que el triunfo y la política sean ambos valorados no cambia la predicción de convergencia. Si al candidato le interesa ganar algo, entonces la prueba de que la mediana será la política ganadora es indiscutible. «También podría ser yo quien estuviese allí firmando esos decretos y viendo mi nombre en los periódicos», piensa el aspirante a Solón. «El resultado será el mismo, a pesar de todo, y bien podría corresponderme a mí.» Si sólo un candidato elige la mediana, el otro también debe hacerlo. Si un candidato se desplaza más cerca de la mediana, su oponente le responderá aproximándose gradualmente hacia el interior. Ésta es la lógica del modelo espacial clásico, y esa lógica se halla confirmada por los modelos de equilibrio basados en la teoría de juegos.

¿Qué ocurre cuando los candidatos están motivados por la política e inseguros respecto de los votantes?

El lector atento recordará que ha quedado un cabo suelto en la discusión. En el teorema 6.3, en el apartado correspondiente a la incertidumbre del votante, observamos que los equilibrios son divergentes cuando a) los candidatos están inseguros acerca de lo que quieren los votantes y b) los candidatos tienen al menos alguna motivación política.

Los detalles de este argumento se hallan fuera del alcance de este libro, en parte porque el teorema exige un conocimiento cabal de la «votación probabilística» (véanse Hinich, Ledyard y Ordeshook, 1972; Hinich, 1977 y Coughlin, 1992), de la que nos ocuparemos en el capítulo 8. Y, lo que es más importante, todavía se está decidiendo cuál es el grado de practicidad de la divergencia pronosticada por el modelo (Green y Shapiro, 1994). Nos limitaremos a señalar la posibilidad de que una variante relativamente simple del modelo espacial estándar permita hacer pronósticos acerca del equilibrio no convergente.

El resultado no convergente ha dado origen a varias conjeturas interesantes:

- Los candidatos motivados por la política perderán más a menudo porque elegirán posiciones alejadas de la mediana. Pero las motivaciones políticas o posiciones no centristas pueden constituir una ventaja en las elecciones primarias. ¿Cuál de los dos «tipos» es más predominante, quienes buscan una política o quienes buscan un cargo? ¿Por qué razón? ¿Para ocupar qué cargos?

- Si se incrementan los emolumentos del cargo (sueldo, beneficios, prestigio, etcétera), entonces el ocupar una función pública se torna relativamente más atractivo per se. Si bien hay pruebas de que el arribismo y las plataformas pueden ser correlativos (Parker, 1992; Fiorina, 1994), aún quedan muchas preguntas sin responder: ¿los políticos actuales cambian sus posiciones, renunciando a la satisfacción política para proteger las satisfacciones brindadas por el cargo cuando los sueldos o beneficios aumentan? ¿O son los incrementos en el sueldo los que atraen a una nueva camada de políticos cuya meta principal es hacer carrera con fines puramente arribistas? Por último, ¿es «bueno» para la sociedad pagar altos salarios y conceder beneficios a fin de garantizar tanto la responsabilidad como el liderazgo en el gobierno?
- La institución de las elecciones recurrentes, ¿selecciona candidatos cuyas preferencias políticas concuerdan con el medio de la distribución de las preferencias del votante, tal como argumentan Ferejohn (1986), Lott (1987), Lott y Reed (1989) y Dougan y Munger (1989)? En caso de hacerlo, el hecho de que los políticos tomen posiciones centrales puede no reflejar la convergencia sino la selección.¹²
- ¿Compensan los políticos el período de «poca actividad electoral» con la política? Esto es, si un político gana por un amplio margen, ¿se encamina a la larga a su punto ideal? Inversamente, si las presiones electorales se tornan más apremiantes, ¿tratarán los políticos de satisfacer más puntualmente las expectativas de su electorado? Repito, existen algunas pruebas de que ello es así (Kau y Rubin, 1981; Kalt y Zupan, 1984, 1990; Nelson y Silberberg, 1987; Bianco, 1994; Coates y Munger, 1995), pero aún no se han hecho investigaciones sistemáticas sobre esos temas.¹³

Aunque todavía no se haya respondido a estas preguntas, es evidente que las diversas extensiones del modelo clásico consideradas en este capítulo representan áreas estimulantes para la investigación futura.

12. Para una reseña de la bibliografía científico-política sobre el tema, véase Bianco (1994). Para una reseña de la perspectiva de la «elección pública», véase Bender y Lott (1996).

13. Por otra parte, varios autores afirmaron que este tipo de variaciones no ocurre en la votación. Véanse Lott (1987) y Lott y Davis (1992). Para una visión diferente basada en las implicaciones institucionales de la «discreción» como meta de los legisladores, véase Parker (1992). Un examen más formal de la teoría «racional» del liderazgo puede encontrarse en Frohlich y Oppenheimer (1971).

Conclusiones

En este capítulo, hemos presentado un panorama de la lógica de la competencia espacial cuando el modelo se amplía para dar cuenta de la incertidumbre y de las preferencias políticas. Según la principal predicción del modelo clásico esbozado en los primeros capítulos, el centro rige (en caso de existir). El tema de las extensiones que hemos considerado es, en gran medida, el mismo: aunque los candidatos no estén seguros de la posición de los votantes, los votantes no estén seguros de la posición de los candidatos o los candidatos tengan preferencias políticas personales e independientes, el centro constituye el foco del poder político.

Hay cuatro salvedades importantes respecto de esta afirmación:

- Si dos candidatos no están seguros de la distribución de los votantes, tienen diferentes percepciones de la situación de la mediana y *no pueden* desplazarse luego de haber asumido las posiciones iniciales, entonces tomarán posiciones divergentes que correspondan a la media de las respectivas distribuciones de posiciones medianas. Pero este resultado deriva de la *divergencia de las expectativas*, no de la incertidumbre misma. No obstante, el hecho de tener información o creencias diferentes constituye una causa potencial de divergencia.
- Si los votantes no están seguros de la verdadera posición de los candidatos, entonces los evaluarán tanto por lo que esperan que hagan como por la confianza que tienen en este pronóstico. En esas circunstancias, es posible que un candidato fuertemente comprometido y con una media distinta de la mediana derrote a un candidato centrista imprevisible. Empero, si la tecnología del compromiso es uniforme en el espectro de posiciones, el *equilibrio* todavía se encuentra en el centro. La única diferencia estriba en que ahora, en lugar de arrojar la moneda, el votante mediano elige al candidato centrista cuya posición centrista es la más fiable.
- Si es posible otorgar credibilidad sólo a los extremos de la dimensión política (por ejemplo, los centristas tienen más variancia), entonces cabe observar la divergencia en equilibrio. Pero este resultado deriva de un *supuesto adicional* (la tecnología del compromiso perjudica a los centristas) y no de la lógica de la competencia espacial con sólo la incertidumbre.
- Las objeciones más relevantes al resultado de la convergencia —que surgen cuando ambos candidatos están motivados por la política y

por la incertidumbre respecto de lo que harán los votantes— se están resolviendo teóricamente y probando empíricamente. Aún se desconoce el alcance práctico de la divergencia implícita.

Por último, es importante notar que el debate sobre la convergencia frente a la divergencia ha evolucionado dejando atrás los motivos originales para examinar el medio o centro. En la teoría política, el fundamento de las afirmaciones sobre el valor del centro es exclusivamente *normativo*: el centro es la mejor política y las instituciones que conducen al centro crean la buena sociedad. Los atractivos del centro descubiertos en el modelo espacial son todos *estratégicos*: cuando los candidatos no quieren perder, se desplazan al centro.

Si las instituciones de la sociedad crean los medios para que los procesos democráticos atraigan a los políticos al centro, es *posible* que el resultado sea normativamente bueno. Pero no es necesario suponer que los políticos sean altruistas, o que exista una fuerza moral inherente a la voluntad de la mayoría, para valorar los resultados positivos del modelo clásico. El centro, en caso de existir, es el lugar donde reside el poder político. Tenemos el gobierno que, a nuestro criterio, queremos. Ahora bien, si queremos el gobierno que tenemos es otra cuestión.

Ejercicios

6.1. Supongamos que el votante i debe elegir entre el candidato R, con una posición política media esperada \bar{x}_R , y el candidato D, con una posición política media esperada \bar{x}_D , utilizando la siguiente información:

$$\begin{aligned}x_1 &= \bar{x}_D = 12 \\x_R &= 14 \\E(\epsilon_D) &= E(\epsilon_R) = 0 \\E(\epsilon_D^2) &= 16\end{aligned}$$

- Supongamos que la elección de i se describe por la función de utilidad en la ecuación 6.6 y que $E(\epsilon_R^2) = 2$. ¿Por quién votará i ?
- ¿Cuál es la mayor variancia que puede tener el candidato R, y aún ganar la elección?

6.2. Supongamos que dos candidatos, Y y Z, se preocupan *en igual medida* por la política y por el triunfo electoral. Sea el espacio político

unidimensional el intervalo de la unidad $[0, 1]$ y sea $x_Y = 0$ y $x_Z = 1$ (Nota: ¡estos son los puntos ideales del candidato!) Supongamos que los candidatos tienen las siguientes funciones de utilidad:

$$U_Y = -0,5[(x - x_Y)^2] + 0,5[W_Y]$$

$$U_Z = -0,5[(x - x_Z)^2] + 0,5[W_Z]$$

donde x es la plataforma ganadora (damos por sentado que la plataforma y la política real implementada son las mismas), y W_Y y W_Z toman cada uno tres valores discretos: 1 si gana el candidato, 0 si pierde y 0,5 si empatan.

Finalmente, imaginemos que las preferencias del votante son simétricas, de modo que la proximidad a x_{med} determina quién es el ganador. ¿Qué plataformas maximizan la utilidad de cada candidato, si x_{med} tiene los siguientes valores?

- a. $x_{med} = 0,95$
- b. $x_{med} = 0,10$
- c. $x_{med} = 0,50$

6.3. Consideremos un espacio político bidimensional donde los votantes tengan preferencias por ambas políticas. Supongamos que hay tres votantes, 1, 2 y 3, cuyas preferencias se hallan descritas por los puntos ideales $\mathbf{x}_1 = [6 \ 0]^T$, $\mathbf{x}_2 = [0 \ 6]^T$ y $\mathbf{x}_3 = [2 \ 4]^T$, y por las matrices de los términos de prominencia/interacción:

$$\mathbf{A}_1 = \begin{bmatrix} 2 & 0 \\ 0 & 3 \end{bmatrix} \quad \mathbf{A}_2 = \begin{bmatrix} 2 & -1 \\ -1 & 1 \end{bmatrix} \quad \mathbf{A}_3 = \begin{bmatrix} 5 & 0 \\ 0 & 2 \end{bmatrix}$$

Los dos candidatos, Y y Z, se preocupan sólo por ganar. Pero desconocen las preferencias del votante, de modo que no están seguros de dónde colocarse. Cada candidato contrata su propia consultora y cada firma realiza un sondeo a partir de una muestra algo diferente y utilizando preguntas también algo diferentes. Se les dice a los candidatos que tomen las siguientes posiciones:

$$\mathbf{x}_Y = \begin{bmatrix} 3 \\ 4 \end{bmatrix} \quad \mathbf{x}_Z = \begin{bmatrix} 2 \\ 3 \end{bmatrix}$$

¿qué candidato ganará la elección y quién debería contratar una consultora mejor la próxima vez que se presente para ocupar un cargo en el gobierno?

La decisión de votar y la acción colectiva

Cuando los malos se unen, los buenos deben asociarse; de otro modo, caerán uno por uno, un sacrificio inmisericorde en una lucha despreciable.

EDMUND BURKE,

Thoughts on the Cause of the Present Discontents, 23 de abril de 1770

No todos votan. En algunas elecciones, casi nadie lo hace. Los funcionarios de los condados y municipios estadounidenses son elegidos por menos del 20% del electorado. Incluso menos del 10% de los ciudadanos con derecho al sufragio votan en los referendos. En octubre de 1973, hubo una elección en el condado de Pinellas, Florida, ¡pero nadie concurrió! Transcribimos aquí parte de un artículo periodístico aparecido al día siguiente:¹

Ni siquiera los tres candidatos se molestaron en emitir su voto en la elección para el Consejo de Supervisores del Distrito de Conservación del Suelo del Condado de Pinellas. De hecho, ninguno sabía nada sobre la elección, salvo el hombre que fijó la fecha, dijo Art Day, conservacionista del distrito [...]. Según la ley, el Consejo organiza sus propias elecciones. El único pro-

1. Agradecemos a Gary Cox el habernos señalado este ejemplo de no votación.

blema es que no hay dinero para comprar máquinas de votar, contratar empleados ni hacer publicidad [...]. «¡Mi presupuesto total son 28 dólares y necesito disponer de una suma fija superior!», dijo Day [...]. Éste anunció legalmente el comicio [en los periódicos locales], pero ni siquiera el presidente del Consejo, Wendell Salls, estaba enterado de que habría una elección. «Faltó a la última reunión», fue su comentario. Day dijo que deberá escribir a la oficina estadual para averiguar qué hacer en el futuro inmediato. En la última elección, realizada dos años antes, concurren tres personas (Helen Hundley, *St. Petersburg Times*, 18 de noviembre de 1973).

Tal vez la gente no vota porque su voto no cuenta. Al menos, un voto no afecta al resultado de la mayoría de las elecciones. Pero en la «elección» realizada en el condado de Pinellas, *cualquier voto hubiera importado*, ciertamente, pues habría decidido la elección. Por otra parte, muchísimos individuos votan, e incluso algunos disfrutan del hecho o piensan que es importante. En todo caso, votar es la manera como decidimos las cosas, ya sea cuánto gastar en nuevas escuelas o quiénes nos representarán en los cargos públicos. ¿Cuál es la manera correcta de pensar respecto del voto a nivel masivo?

En este capítulo, consideraremos las implicaciones de los modelos formales para la participación en el proceso político. Hacer pronósticos útiles sobre la asistencia de votantes y la participación de la ciudadanía resulta problemático, de modo que conviene retomar las preguntas de nuestra investigación. Hay tres conjuntos principales de interrogantes que conciernen a los teóricos de la política analítica:

Pregunta 1: ¿Por qué en una votación o referendo se les presentan a los ciudadanos ciertas alternativas y no otras?

Pregunta 2: Tomando en cuenta las opciones presentadas, a) ¿por qué los ciudadanos votan y participan en política y b) ¿por qué eligen de la manera en que lo hacen?

Pregunta 3: en un sentido ético o normativo, ¿los resultados son buenos para la sociedad?

Hasta el momento, nos hemos ocupado de las preguntas 1 y 3, pero sólo hemos sentado premisas muy simples sobre la pregunta 2. Lo que es más importante, hemos dado por descontado que todos los «votantes» votan y hemos construido nuestros modelos suponiendo que la «distancia» espacial determina la elección de cada votante. ¿Qué dice el modelo espacial sobre la asistencia a las urnas o sobre la decisión de los ciudadanos de convertirse en votantes?

Como observamos en el capítulo 2, la decisión de la sociedad de conceder el derecho al voto a sólo una parte del electorado potencial resulta fundamental. Cabe restringir el derecho al voto tomando en cuenta la edad, el sexo, la etnicidad, el valor moral u otras características más complicadas: por ejemplo, ser propietario. En Estados Unidos, este derecho se ha expandido incesantemente desde la creación de la república, como se muestra en el cuadro 7.1.

Así, pese a algunos tropezones (habilitar a los afroamericanos llevó un lapso considerable: desde 1871 a 1965, aunque si uno lee la Decimoquinta Enmienda, los acontecimientos de 1871 hubieran bastado), la magnitud del electorado estadounidense se amplió radicalmente. Comenzó con los varones blancos de más de veintidós años y creció hasta incluir a casi todos los ciudadanos mayores de dieciocho años que no están en prisión ni son mentalmente incapaces.²

Sin embargo, como lo muestra el cuadro 7.2, la asistencia a los comicios en Estados Unidos sigue siendo muy baja, si se la compara con la de otras democracias. Ello se debe, en parte, a que el sufragio es universal y la población, numerosa, de modo que la gente piensa que su voto no «cuenta». Pero eso no basta para explicar el fenómeno. Conviene tener en cuenta que en el cuadro 7.2 la comparación se basa en las elecciones nacionales, donde la asistencia es mayor. Como ya señalamos, ésta es aún menor en las elecciones locales y en los referendos, y allí es, justamente donde los votos individuales tienen mayor impacto en el resultado.

¿Qué dice el modelo espacial sobre la decisión de votar? Para analizar la votación es preciso reconocer que la decisión misma de concurrir a las urnas es sólo la última de una serie de decisiones —o reacciones frente a los costos y restricciones— tomadas por el ciudadano. Para comprobar este aserto, consideremos los resultados de Fort (1995), quien elabora y somete a prueba un modelo de «barreras sucesivas» sugerido por Cox y Munger (1989, 1991) referente a la asistencia a los comicios. De acuerdo con el supuesto de los autores, el «coeficiente de participación» de los votantes en una elección *j* es, *por definición*, el producto de cuatro razones:

2. De acuerdo con la Constitución de Estados Unidos (Artículo I, Sección 2, Parte 1), «Los electores de cada estado cumplirán las condiciones requeridas para los electores de la rama más numerosa de la legislatura estadual». Dado que las leyes de la elección estadual difieren, puede haber amplias variaciones en la definición de elegibilidad, aun cuando los votantes elijan entre los candidatos a un cargo nacional. Por lo demás, los estados tienen diferencias significativas en los requisitos para empadronarse, en la expurgación de los padrones electorales e incluso en las horas destinadas a la votación. Para el análisis de algunos de estos efectos, véanse Rosenstone y Wolfinger (1978), Wolfinger y Rosenstone (1980) y Cox y Munger (1989).

Año	Acontecimiento	Concesión del voto a los ciudadanos
Primera época	Discurso de la república	Restringida a los propietarios blancos de sexo masculino
1781	Constitución de EE.UU.	Los estados determinan los requisitos; votan en general los varones blancos de más de veintitrés años no culpados de ningún delito.
1870	Decimoquinta Enmienda	Los estados no pueden restringir el derecho a votar basándose en la raza, el color o la condición previa de servidumbre. (<i>Siguió a la Decimocuarta Enmienda, según la cual todos los residentes pasaban a ser ciudadanos, al margen de la ley estadual.</i>) Durante el período de Reconstrucción (1867-77), se concedió efectivamente el derecho al voto a los afroamericanos en el norte y en el sur. Sin embargo, después del fin de la Reconstrucción, las leyes de «Jim Crow» obstaculizaron significativamente el derecho al voto de los ciudadanos negros y les impidieron votar en algunos estados.
1913	Decimoséptima Enmienda	Por primera vez los senadores estadounidenses fueron elegidos por el sufragio popular.
1920	Decimonovena Enmienda	El derecho al voto se extendió a las mujeres, sujetas a las mismas restricciones estatales que los hombres. (<i>Nota: algunos estados ya habían concedido el voto a las mujeres, a través de sus propias constituciones.</i>)
1962	Vigesimotercera Enmienda	El derecho a votar en las elecciones presidenciales de EE.UU. se extiende a todos los ciudadanos del distrito de Columbia.
1964	Vigesimocuarta Enmienda	Se proscribió el pago de impuestos estatales al «sufragio» como condición para votar en las elecciones federales. Las tácticas de acoso habían sido utilizadas principalmente por los estados sureños para excluir del voto a los afroamericanos.
1965	Ley de los derechos de votación	Ley aprobada por el Congreso de Estados Unidos a fin de poner en vigencia la Vigésimocuarta Enmienda. Se prohibió a los estados aplicar impuestos al sufragio, realizar pruebas de alfabetismo o valerse de otros impedimentos para negar el derecho de votación a las minorías. Asimismo, los inspectores federales determinaron dónde se había practicado la discriminación y los oficiales de justicia se encargaron de aplicar la ley de no restricciones.
1971	Vigesimosexta Enmienda	La edad mínima para votar se redujo a dieciocho años, independientemente de la ley estadual.

Cuadro 7.1. Concesión del derecho a votar en Estados Unidos.

Países donde la asistencia a los comicios es alta
(Promedio superior al 80% de los grupos etarios elegibles)

Australia
Bélgica
Alemania
Italia
Holanda
Suecia

Países donde la asistencia a los comicios es moderada
(Promedio entre el 65% y el 75% de los grupos etarios elegibles)

Canadá
Francia
Irlanda
Japón
Reino Unido

Países donde la asistencia a los comicios es baja
(Promedio inferior al 60% de los grupos etarios elegibles)

India
Turquía
Suiza
Estados Unidos

Nota: Los guarismos en los cuales se basa el cuadro corresponden a elecciones legislativas nacionales, a menos que haya un sistema de gobierno presidencial (contrapuesto al parlamentario). Si hay un presidente fuerte, los guarismos corresponden a ese cargo. En general, los datos originales se tomaron de las elecciones realizadas en el período 1960-1975. Los autores actualizaron los promedios a largo plazo utilizando fuentes específicas del país.

Fuente: Adaptado de G. Bingham Powell Jr., «Voting Turnout in Thirty Democracies: Partisan, Legal, and Socio-Economic Influences», cuadro 3-1, pág. 35. En *Controversies in Voting Behavior*, 1984, R. Niemi y H. Weisberg (comps.), 2ª ed., Washington DC, CQ Press, págs. 34-53.

Cuadro 7.2. Asistencia del votante en quince democracias

$$\frac{\text{Voto}_j}{\text{Población}} \equiv \frac{\text{Con derecho al voto}}{\text{Población}} \times \frac{\text{Empadronada}}{\text{Con derecho al voto}} \quad (1) \quad (2)$$

$$\times \frac{\text{Ingreso en la cabina electoral}}{\text{Empadronada}} \times \frac{\text{Voto}_j}{\text{Ingreso en la cabina electoral}} \quad (3) \quad (4) \quad (7.1)$$

Dicho en palabras, cuando un ciudadano vota en una elección j , (1) el ciudadano forma parte de la población habilitada para votar en virtud de las leyes y prácticas de la sociedad, (2) el ciudadano habilitado elige empadronarse o inscribirse, (3) el ciudadano empadronado elige entrar en la

cabina electoral y (4) en la cabina electoral, el ciudadano elige emitir su voto en la elección j . El signo \equiv significa «iguales por definición». Lo usamos aquí porque cada uno de los pasos intermedios (derecho al voto, empadronamiento, ingreso en la cabina electoral) se da tanto en el numerador como en el denominador, de modo que se cancela en el producto.

Aunque se cancele en la *definición*, cada uno de los pasos intermedios afecta, por cierto, a la tasa de asistencia observada. La tentativa de analizar empíricamente la asistencia en cualquier elección debe dar cuenta de todas las elecciones en las cuales participa (o participó) el ciudadano, de conformidad con las reglas de su nación, estado o ciudad. Por ejemplo, si la jurisdicción política encargada de confeccionar las normas de votación restringe el derecho según la raza, el género, la edad o los ingresos, entonces la razón (1) en la ecuación (7.1) puede ser pequeña. Si el empadronamiento o inscripción es caro, complicado, intimidante o lleva demasiado tiempo, la razón (2) puede ser pequeña. Por último, existe una importante interacción entre las razones (3) y (4): el número de individuos empadronados que vota puede depender de cómo se «empaquetan» los grupos de elecciones. Si éstas no se presentan en «paquetes» sino separadamente, quizá voten pocas personas (la razón (3) será pequeña), pero es posible que quien ingrese en la cabina electoral emita un sufragio en la elección j (la razón (4) se aproximaría a 1,00).

Comenzamos el capítulo con el ejemplo de una «elección a la que nadie concurre». La elección del Consejo de Supervisores del Distrito de Conservación del Suelo del Condado de Pinellas era la única competencia que figuraba en la papeleta. En esa puja electoral, la razón (3) fue 0,0 y la (4), indefinida (0/0). Supongamos que esta elección y la elección para presidente de Estados Unidos se hubieran realizado el mismo día, y que los mismos candidatos a miembros del Consejo del Distrito del Suelo hubieran aparecido en la parte inferior de la papeleta. En ese caso, la razón (3) pudo haber sido 0,5 o 0,6, es decir, tan alta como el número de individuos que concurre a votar en la elección presidencial. La razón (4), sin embargo, pudo haber sido tan alta como 1,0 o tan pequeña como 0,0. Una vez en la cabina electoral, cabe que los votantes se sintieran poco estimulados o que simplemente les faltara información: «¿Qué demonios es el Distrito del Suelo, en definitiva?». El fenómeno de abstenerse en las competiciones ignotas, registradas a menudo en la parte inferior de la papeleta, se denomina *roll-off* (cortar la papeleta) (Burnham, 1965), y suele ocurrir porque los votantes se sienten cansados, apáticos o inseguros.

Una vez «analizada» la participación del votante (descomponiéndola en sus elementos constitutivos), vemos que se requieren diferentes explica-

ciones para comprender el proceso. Explicar la variación entre los países de la razón (1) (concesión legal del voto) constituye sin duda una tarea interesante, pero supera nuestro campo de investigación. Explicar la variación de la razón (2) (empadronamiento) entre las naciones o entre los estados norteamericanos constituye una cuestión política interesante, pero la decisión de empadronarse es, obviamente, distinta de la decisión de votar. Según Erikson (1981), el empadronamiento puede ser, empero, la decisión más importante de todas.³

Si vamos a analizar la decisión de votar, entonces se impone atender solamente a las razones (3) y (4). Nos dedicaremos, por lo tanto, al caso más simple de todos: suponer que la puja en cuestión es la única que figura en la papeleta. Ello no significa que la mayoría de las elecciones aparezca bajo esta forma, pues no es así (las listas suelen ser extremadamente largas). Ya sabemos que las elecciones múltiples tienen efectos complicados (Cox y Munger, 1989; Fort, 1995; Hamilton y Ladd, 1996). El hecho de considerar una sola competencia y una única decisión de concurrir o no a las urnas y votar nos permite aislar la lógica de la elección del ciudadano. En el próximo apartado, examinaremos las dos principales razones que, según el modelo clásico, dan cuenta de la abstención: la indiferencia y la alienación.

El modelo clásico: indiferencia y alienación

En los capítulos precedentes, hemos dado por descontado que los ciudadanos votan. Se trata de un supuesto muy limitante cuando la meta es comprender o predecir los acontecimientos del mundo real. Hay al menos dos circunstancias en las cuales los ciudadanos con derecho al sufragio pueden decidir no votar en una elección. Una de ellas es la *indiferencia* o la percepción de que no hay importantes diferencias entre las alternativas sometidas a votación (en términos del bienestar de los ciudadanos). La otra es la *alienación*, o la sensación de que las posiciones asumidas por los candidatos se hallan muy lejos de los asuntos que le preocupan al votante. Aunque un candidato pueda encontrarse más cerca de su ideal, todos los candidatos están fuera de la gama de alternativas políticas en la cual le interesaría participar al votante.

3. Algunos han afirmado que la decisión de empadronarse constituye, en rigor, la decisión clave, y que el análisis de la asistencia resulta engañoso si no se tienen en cuenta las diferencias en el empadronamiento. Véanse, por ejemplo, Kelley, Ayres y Bowen (1967) y Erikson (1981).

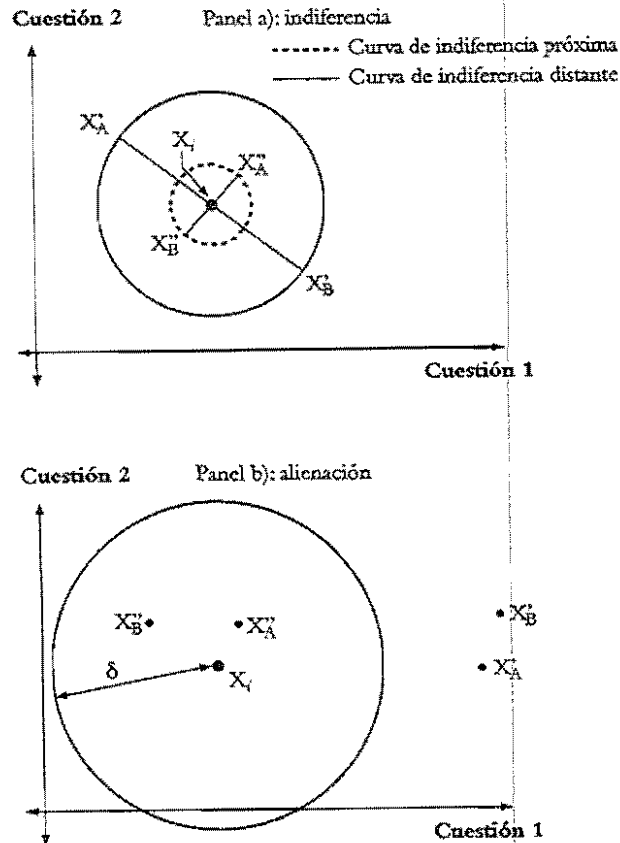


Figura 7.1. La indiferencia y la alienación como explicaciones de la abstención.

El modelo espacial clásico puede manejar o bien la indiferencia, o bien la alienación.⁴ Para comprender el significado de estos conceptos y establecer entre ellos una distinción, conviene representarlos gráficamente.

En la figura 7.1 el panel a) muestra el punto ideal x_i de un solo votante y dos conjuntos de posiciones para los candidatos A y B. Nótese que el votante es indiferente entre x_A' y x_B' . Asimismo, es indiferente entre x_A'' y x_B'' , mucho más próximas. Si las posiciones del candidato fueran x_A' y x_B' , el

4. Downs (1957) y Riker y Ordeshook (1968) configuran la indiferencia. Ordeshook (1969), Hinich y Ordeshook (1969, 1970) y Hinich, Ledyard y Ordeshook (1972) extienden el modelo downsiano para explicar la alienación.

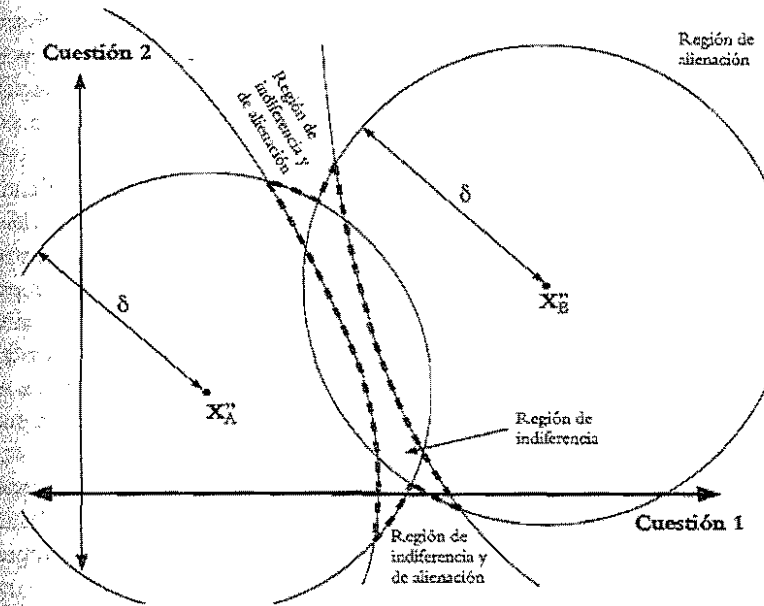


Figura 7.2. Ejemplo integrado de indiferencia-alienación.

votante escogería, desde luego, al candidato B. Pero apareadas como están las plataformas, el votante es indiferente en cada caso, si bien en dos niveles de utilidad muy distintos.

El panel b) muestra el diagrama análogo para la alienación. Si la competencia es entre x_A'' y x_B'' , el votante emitirá un sufragio por el candidato A. Pero si la competencia es entre x_A' y x_B' , ambas alternativas están tan alejadas que el votante pierde todo interés en participar. No importa cuál se halle relativamente más próxima, pues en un sentido absoluto las dos se encuentran demasiado lejos para que al votante le importe la elección. Dicho con más exactitud, la abstención por alienación requiere que, más allá de un cierto umbral de distancia (definido aquí como δ), el votante pierda interés en la elección. Tal vez se perciba a sí mismo como carente de eficiencia, dada la distancia que lo separa de la campaña de la cual oye hablar en los medios masivos. Desde un punto de vista más formal, el votante está alienado si ningún candidato p tiene una plataforma x_p tal que $DEP(x_p, x_i) \leq \delta$.

Enelow y Hinich (1984b) presentan un ejemplo bidimensional integrado, ligeramente modificado por Hinich y Munger (1994). Esta figura está adaptada en la figura 7.2. La mejor manera de comprender la infor-

mación de la figura 7.2 es centrarse en x_A y x_B , las dos posiciones arbitrarias del candidato. No especificaremos dónde se hallan los votantes, pero sí identificaremos las situaciones del punto ideal en las cuales, dadas x_A y x_B , el ciudadano se abstendrá, sea por alienación, por indiferencia o por ambas cosas.

Un ciudadano cuyo punto ideal está más lejos de ambos candidatos que δ (el radio de los círculos en la figura 7.2), se abstiene por *alienación*.⁵ Si, a diferencia de la figura 7.2, los dos círculos con radio δ no se superponen, los ciudadanos que se hallan entre ambos círculos se abstienen por alienación. Esta observación permite un interesante pronóstico de la alienación del centro en sistemas extremadamente polarizados: si los partidos se hallan demasiado cerca de los extremos, entonces los votantes situados en el centro pueden abstenerse porque no sienten conexión alguna con ambos partidos.

Cuando, pero sólo cuando, los candidatos están lo bastante próximos de modo que los dos círculos se superponen, puede haber también un grupo de ciudadanos que se abstenga por *indiferencia*. No es preciso representar este grupo con una línea, pues, como lo mostramos aquí, puede tratarse de una región con un área no trivial, en tanto no vote un ciudadano «casi» indiferente. Es posible que surja una amplia región de indiferencia cuando una pequeña (pero no nula) diferencia entre los candidatos no basta para compensar los costos del sufragio.⁶ Por ejemplo, supongamos que un votante prefiere el candidato A al candidato B, pero no por un amplio margen. Si los costos de la votación son desdeñables, el votante tal vez concurra a las urnas y emita un voto en favor de A. Empero, si los costos son significativos, el votante casi indiferente no vota.

Este efecto se observa en las elecciones reales por lo menos de dos formas. En primer término, los gobiernos tienen reglas muy diversas en lo referente al número de lugares para votar y al tiempo en que permanecen abiertos. Si los comicios abren tarde y cierran temprano, muchos votantes «casi indiferentes» no llegarán a tiempo al recinto electoral.⁷ En segundo término, las condiciones meteorológicas del día de la elección pueden de-

5. En principio, el radio de los círculos que describen las regiones de no alienación podría diferir del candidato, pues los votantes tal vez se interesen lo bastante para votar por algunos candidatos por razones que tienen poco que ver con la distancia. Cabe explicar esta posibilidad utilizando la «votación probabilística», tal como dijimos en el capítulo 8.

6. Damos las gracias a David Scocca por corregir y clarificar este diagrama. Específicamente, Scocca dio precisión a la curvatura de la región de indiferencia, en tanto que en el primer diagrama de Enelow y Hinich los límites de la región eran lineales.

7. Para una revisión de la bibliografía sobre el tema, véase Cox y Munger (1989).

terminar la asistencia a las urnas. Si llueve, el votante casi indiferente permanecerá en su casa.⁸ Si nieva, se reirá ante la sola idea de ir a votar. Sin embargo, si prefiere A a B por un amplio margen, no vacilará en desafiar la tormenta o la nieve con tal de emitir el sufragio. Por consiguiente, el impacto del mal tiempo no es aleatorio, por cuanto afecta negativamente a la asistencia de los votantes situados en el medio.

La manera como el modelo espacial clásico representa la decisión de abstenerse resulta útil porque identifica las circunstancias en las cuales es menos probable que los ciudadanos voten, desde la perspectiva de una elección específica. Dado que la asistencia a las urnas varía en las distintas elecciones, es importante entonces identificar las variables que las diferencian; por ejemplo, cómo percibe el votante las posiciones del candidato. Sin embargo, el modelo clásico presenta un problema: es determinista y no brinda la posibilidad de que los votantes, antes de tomar la decisión de abstenerse, consideren lo que harán los otros votantes.⁹ En el próximo apartado, analizaremos este problema, denominado «la paradoja de no votar».

La votación es un problema concerniente a la acción colectiva

Hemos dicho antes que el voto de una sola persona no cuenta, y en cierto sentido es verdad: las elecciones masivas casi nunca se deciden por un solo voto. Pero supongamos un grupo de votantes donde todos coinciden en quién sería el mejor candidato. Si ese grupo puede inducir a sus adherentes a concurrir a las urnas, entonces todos sus miembros se benefician porque su candidato gana. Por otro lado, algún votante tal vez prefiera quedarse en casa y dejar que los demás aseguren la victoria del candidato «correcto».

8. Knack (1994) examina una variedad de explicaciones sobre los efectos de las condiciones climáticas en la asistencia y en los resultados.

9. Asimismo, nos hemos ocupado brevemente de una importante perspectiva empírica sobre los factores utilizados por los votantes para decidir entre los candidatos: la votación *retrospectiva*. Según este enfoque (Key, 1966; Fiorina, 1989), los votantes evalúan la *performance* del partido o del candidato que está actualmente en el poder. Si el funcionario se ha desempeñado bien (a juicio de los votantes), volverá a ocupar el cargo. Si el funcionario cometió desaciertos, entonces los votantes votarán a otro y castigarán su mal desempeño post facto. La votación retrospectiva no está totalmente en contradicción con el modelo espacial clásico por cuanto hay una comparación implícita entre la *performance* real de los funcionarios y la *performance* esperada de los opositores. No obstante, en el enfoque de la votación retrospectiva, el énfasis recae claramente en la evaluación de la eficiencia de los funcionarios.

El conflicto entre lo que es bueno para el individuo y lo que es bueno para el grupo es común en política analítica. Se lo denomina el problema del «beneficiario inadvertido» [*free rider*] y se lo asocia generalmente con la obra de Mancur Olson, sobre todo con *Logic of Collective Action* (1965). Según Olson, la clave del éxito para proporcionar bienes colectivos consiste en inducir a la gente a contribuir a la creación de bienes colectivos. Los «beneficiarios inadvertidos» son individuos que gozan de los beneficios colectivos suministrados por los esfuerzos de los demás, sin aportar ningún esfuerzo o recursos propios. Olson explicita el argumento del beneficiario inadvertido en el caso de los votantes:

Aunque la generalidad de la gente piense que estaría mejor si su partido gobernase, admite que si su partido va a ganar *lo hará, probablemente, sin su colaboración y ellos se beneficiarán, de todas maneras* [...]. El punto es que la persona promedio no está dispuesta a hacer un sacrificio significativo por el partido que prefiere porque la victoria de su partido proporciona un bien colectivo (1965: 163-164; la cursiva es nuestra).

Para analizar la asistencia a las urnas como un problema de acción colectiva, necesitamos considerar el modelo «downsiano» de votación (Downs, 1957) elaborado por Riker y Ordeshook (1968).¹⁰ De acuerdo con este modelo, un individuo votará si y sólo si:

$$P \times DNC + D \geq C \quad (7.2)$$

donde, para cada votante:

P = a la probabilidad de que el voto de este individuo afecte al resultado de la elección bajo la regla de la mayoría.

DNC = a los beneficios netos de un candidato con respecto a otro, según los percibe el individuo (en lenguaje downsiano, la «diferencial neta del candidato»). Si hay dos candidatos A y B, entonces el DNC es $|x_i - x_A| - |x_i - x_B|$. Si $DNC > 0$, B está más cerca de x_i . Si $DNC < 0$, A está más próximo.

D = al sentido del deber cívico que tiene el individuo. Ésta es la utilidad derivada de la votación, independientemente de los resultados.

10. Véase también Barzel y Silberberg (1973).

C = a los costos (marginales) asociados con el acto de votación, incluyendo el gasto de tiempo, la posibilidad de inclemencias meteorológicas, etcétera.

La lógica de este modelo es el análisis costo-beneficio: si los réditos (esperados) superan los costos, el ciudadano se convierte en votante y emite un voto por el candidato que prefiere. De otro modo, se abstiene. Debe notarse cuán complejo es, en verdad, el modelo. La decisión de si votar o no se efectúa simultáneamente con la decisión de *por quién* se votará. Supongamos que el término deber es desechable ($D \approx 0$). Por lo tanto, el ciudadano vota si y sólo si $P \times DNC > C$. Sabemos que $C > 0$ porque la votación implica costos identificables; por ejemplo, el tiempo que se pierde en viajar hasta las urnas, esperar en la fila y llenar los formularios de inscripción. Ello nos lleva a predecir que $P \times DNC > > > 0$ es una *condición necesaria* para votar.

Dicho de otra manera, si o P o DNC es cero, el modelo downsiano simple predice abstención. El término P es la creencia del individuo (en términos de probabilidad) de que su voto transformará la derrota en empate o el empate en una victoria para su candidato favorito. Si un individuo sabe cómo votarán los demás, conoce el resultado: o bien P es 1 (su voto cambia el resultado), o bien es 0 (no lo cambia). Ese tipo de resultado, producto de una perfecta información, es muy poco realista incluso en los electorados pequeños, pues nadie sabe cómo votarán los demás.

Ahora bien, supongamos que permitimos que $D > 0$. Aunque parezca un asunto sencillo, la intuición que respalda el término D es, en rigor, muy intrincada. Tal como John Aldrich señala:

Sumar un término D es lo mismo que sustraer o restar un término C . Por consiguiente, C puede pensarse como los «costos netos», es decir, como los costos de votar menos algunos valores positivos tales como cumplir con el deber. Un C positivo significa que el deber sólo sobrepasa parcialmente los costos de votar [...]. Así, el término D no cambia el análisis fundamental, a menos que $D > C$, en cuyo caso conviene votar por [el candidato preferido] y no abstenerse en todas las circunstancias (1993: 251-252).

Se trata pues de una cuestión muy importante: si $D > C$, el votante *siempre* vota, al margen de las posiciones de los candidatos. Si la motivación es evitar la culpa o disfrutar del acto mismo de votar, la cuestión sigue siendo la misma. Pero entonces votar es simplemente una actividad de consumo, más parecida a concurrir a un partido de béisbol que a un acto

de inversión racional.¹¹ Algunos estudiosos (Barry, 1970; Green y Shapiro, 1994) adujeron que ello significa que los modelos de elección racional no sirven para explicar los niveles de asistencia, pues dentro del modelo, la asistencia es simplemente una cuestión de gusto. Esta crítica no deja de tener su mérito, pero tampoco es del todo acertada. Retomaremos el tema del gusto y la asistencia al final del capítulo.

Existe, sin embargo, otro problema, tal como lo muestra un sencillo ejemplo de Hinich y Munger (1994). Si suponemos una información perfecta, entonces el número de casos donde $P = 1$ es prácticamente 0. Imaginemos que cada votante concibe el electorado (por ejemplo, aquellos que votan y no tanto quienes son elegibles) como una muestra aleatoria del electorado con derecho al sufragio. Imaginemos, además, que según las encuestas, el resultado de la elección será un empate entre los candidatos A y B. La probabilidad de un empate depende, por lo tanto, del tamaño de la muestra. Sea N la conjetura del individuo en cuanto al número de personas que habrá de votar, sin contarse él mismo. En consecuencia, el número de resultados T posibles de ser un empate es:

$$T = \left[\frac{N!}{N/2! \times (N - N/2)!} \right] \quad (7.3)$$

(Nota: ! significa factorial.) Por ejemplo, usando esta fórmula, si $N = 6$, entonces $T = 20$.

Para obtener P , dividimos T por el número total de resultados 2^N . La razón por la cual hay 2^N resultados reside en que cada uno de los N votantes tiene dos opciones: votar por el candidato A o votar por el candidato B. Si utilizamos nuevamente nuestro ejemplo $N = 6$, habría $2^6 = 64$ resultados. Ensamblando todo esto, obtenemos $P = 20/64 = 0,31$. Vale decir, que en un electorado compuesto de seis miembros hay aproximadamente una probabilidad en tres de que el votante racional piense que su voto influirá en el resultado, suponiendo que 1) las encuestas pronostican un empate y 2) que ambos candidatos tienen las mismas posibilidades de ser votados. A medida que N crece, P mengua drásticamente, como se muestra en el cuadro 7.3. Para un N de 100, $P = 0,08$; si $N = 150$, $P = 0,06$. Si $N = 100.000$, más de cinco decimales de P son ceros. Para todo

11. Hinich (1981) va más lejos y concibe la votación como un acto de contribución. Normalmente se piensa que las contribuciones son monetarias, pero cabe pensar que el tiempo y el esfuerzo requeridos para votar equivalen a un sacrificio hecho por el votante en aras del candidato. Fiorina (1976) compara dos tipos de motivos para votar: los «expresivos» y los centrados en la inversión o «instrumentales».

N	P
2	0,5
6	0,31
8	0,27
10	0,24
20	0,18
100	0,08
150	0,06
100.000	0,00

Cuadro 7.3. El número de votantes y la probabilidad de influir en los resultados.

fin práctico, este número es indiscernible de cero. Sin embargo, 100.000 constituye todavía un electorado bastante pequeño, mucho más reducido que el número de votantes empadronados en una ciudad de tamaño mediano.

La probabilidad decrece aún más rápidamente cuando la elección no se percibe «demasiado reñida como para discernir el resultado» ex ante. El candidato que va a la cabeza está casi seguro de obtener una mayoría, si 1) casi toda la gente ya decidió a quién votar en el momento de la encuesta y 2) si la encuesta misma se hizo de manera competente y es estadísticamente exacta. Cuando uno de los candidatos lleva una ventaja considerable en las encuestas realizadas el día antes de la elección, su victoria parece garantizada.

Entonces ¿por qué razón votaría alguien? Dicho en términos del modelo downsiano, ¿quién votaría si el término P fuese cero? La respuesta es obvia: ninguno. Pero esta respuesta también es obviamente incorrecta. Y nos recuerda el famoso comentario de Yogi Berra sobre un famoso restaurante neoyorquino: «Ya nadie va allí. ¡Está demasiado repleto!» En nuestro caso, si nadie vota porque su voto no modifica el resultado, entonces lo *modificará*. Si nadie vota, entonces un voto determina la elección. Pero entonces P no es realmente cero. En efecto, $P = 1$ porque *cualquiera* que hubiera votado ¡habría decidido indudablemente el resultado!

Nos encontramos, como antes, en la regresión infinita de «él piensa que yo pienso que él piensa...» Ferejohn y Fiorina (1974) lo denominan «la paradoja de no votar»: cuando todos saben que las probabilidades de influir en los resultados son mínimas, nadie vota. Pero entonces las posibilidades de afectar al resultado por parte de cualquier otro votante que sí

votó son enormes. La teoría de juegos nos proporciona una salida, pues nos permite considerar si es posible mantener un nivel de asistencia «racional» frente a la paradoja de Ferejohn y Fiorina. Ledyard (1981, 1984), basándose en el modelo probabilístico de votación de Hinich, Ledyard y Ordeshook (1972), demostró que ese tipo de juego entre los votantes tiene un equilibrio de «estrategia mixta».

Las estrategias mixtas exigen que el votante seleccione de manera aleatoria las estrategias puras (en este caso, votar o no votar). Ledyard mostró que cada votante podría, plausiblemente, elegir votar en cualquier elección dada con sólo una pequeña probabilidad. Pero entonces resulta que algunos votarán realmente en cualquier elección dada y que la asistencia en equilibrio excederá al cero.

Éste fue un logro importante, pues se racionalizó el acto de concurrir a votación: se demostró que los niveles de participación política eran compatibles con el comportamiento deliberado y centrado en el propio interés. Palfrey y Rosenthal (1983, 1985) probaron, sin embargo, que cuando aumenta el volumen del electorado, disminuye la asistencia en equilibrio, incluso en el juego de Ledyard. En el límite, cuando el electorado potencial tiende a infinito, el nivel «racional» de asistencia tiende a cero. De acuerdo con Palfrey y Rosenthal, el máximo nivel de asistencia pronosticada en equilibrio (para electorados de un volumen plausible) es aproximadamente del 3 al 5%. Pero en Estados Unidos, los coeficientes reales de asistencia exceden el 30%, y pueden ser muy superiores en las elecciones presidenciales de ese u otros países.

El conflicto entre la teoría (no más del 5%) y los datos (más del 30%) indica que algo más está sucediendo. Ese «algo más» no es sino el intento de los partidos y otras elites políticas de persuadir a los votantes de que voten. La cita que aparece al comienzo de este apartado tiene una implicación clara y racional para la elección: garantizar una política «correcta» por parte del gobierno constituye un bien colectivo. De algún modo, los grupos de ciudadanos están superando el problema del beneficiario inadvertido. Hoy participan más personas de las que hubiera pronosticado la estrategia de la inversión puramente centrada en el propio interés. Es difícil incorporar a los grupos dentro del cálculo de la decisión individual, pero se han hecho algunos progresos en ese sentido (Uhlaner, 1989a, 1989b; para un análisis más completo, véase Aldrich, 1993). No obstante, las tentativas de utilizar los réditos privados o los «incentivos selectivos» de Olson (1965) no han resuelto el problema de explicar los niveles de asistencia. Después de todo, si la gente vota porque le gusta votar, ¿qué más cabe decir al respecto?

Muchísimas cosas, desde luego. Hemos usado el modelo de la conducta centrada exclusivamente en el propio interés para formular hipótesis acerca de las tasas de asistencia. Pero esas hipótesis (la asistencia no excederá el 5% en cualquier electorado razonablemente numeroso) han demostrado ser falsas. Ello condujo a los teóricos de la política analítica a observar los mecanismos por los cuales se superan los motivos meramente egoístas y se resuelven los problemas inherentes a la acción colectiva. Por lo demás, aunque los niveles de asistencia sean difíciles de explicar, los votantes responden a los costos de la votación, a los costos de oportunidad referentes al tiempo y a otros factores que predice el modelo «racional», mostrándose menos dispuestos a emitir el sufragio.¹² Como señalamos antes, la lluvia o las malas condiciones meteorológicas reducen la asistencia (Morton, 1991; Knack, 1994) porque viajar hasta las urnas se torna más engorroso. Es menos probable que los individuos voten cuando el empadronamiento o inscripción les parece un trámite difícil o demasiado largo (Kelley, Ayres y Bowen, 1967; Wolfinger y Rosenstone, 1980; Nagler, 1991). A la gente con pocos recursos le cuesta dedicar tiempo a la votación (Tollison y Willett, 1973; Wolfinger y Rosenstone, 1980).

En la temprana bibliografía teórica sobre los juegos, existen dos perspectivas críticas relevantes sobre las influencias estratégicas en la asistencia (Ledyard, 1981, 1984; Palfrey y Rosenthal, 1983, 1985). Estos resultados nos retrotraen a nuestro interés previo por las elecciones como un medio de sacar a luz la verdad, la «mejor» política o la «voluntad general». Siguiendo nuestra práctica, presentaremos los resultados bajo la forma de teoremas sin demostraciones, y remitiremos al lector interesado en los detalles al artículo original.

Teorema 7.1 (Ledyard, 1984: 26). *En ciertas circunstancias, uno de los equilibrios del juego entre los votantes que eligen si votar o abstenerse es la inasistencia de todos los votantes. Sin embargo, bajo ciertas premisas del modelo espacial clásico (si existe una mediana en todas direcciones), la posición óptima escogida por los partidos en esa «elección» es óptima desde el punto de vista del ciudadano mediano. Dicho más simplemente, los candidatos actúan como si todos los votantes fueran a votar, pero si los candidatos obran de esa forma, los votantes pueden, en equilibrio, no votar.*

12. Véanse Tullock (1967), Tollison, Crain y Paulter (1975) y Silberman y Durden (1975). Para una reseña, véase Matsusaka y Palda (1993).

Teorema 7.2 (Palfrey y Rosenthal, 1983: 42-43, 47). *Las proporciones que dividen el voto entre dos alternativas constituyen una medición parcial de la distribución real de las preferencias en la población de votantes activos. Las mayorías tienen más incentivos para beneficiarse pasivamente, de manera que será más difícil conservar una mayoría numerosa cuando la victoria parece segura. Las elecciones pueden ser bastante parejas, aunque una gran mayoría del electorado apoye una alternativa determinada.*

La paráfrasis verbal de los dos conjuntos de resultados parece obvia a primera vista, pero ambos son sustancialmente importantes. Por otra parte, cada uno demuestra la relevancia del razonamiento analítico formal aplicado a la política. El teorema 7.1 aborda una preocupación común entre los observadores de las democracias, quienes proclaman que «la asistencia es demasiado escasa!» El objetivo de las elecciones consiste, presumiblemente, en garantizar la coincidencia entre los deseos de la gente y las acciones del gobierno. Ledyard mostró que la escasa asistencia puede ser un signo de que los partidos y candidatos están ocupando las posiciones del espacio político que ganarían por mayoría de votos, incluso si todos votasen. Ledyard advirtió que los resultados de un proceso semejante no eran necesariamente óptimo-paretianos, pero que este problema se suscitaba aun cuando la asistencia fuese universal.

El teorema 7.2 cuestiona el uso de encuestas y otras formas de pronosticar la elección basándose en proporciones de la población. Estas proporciones pueden ser muy diferentes de los porcentajes de la elección, dado que la asistencia es, en sí misma, una opción estratégica. Lo contrario también es cierto, desde luego: utilizar los porcentajes del voto como signos de un «mandato», o falta de un mandato, representa una conclusión insostenible sobre las opiniones sustentadas por las proporciones de la población. Tal vez los políticos o los medios masivos deban atenerse únicamente a los resultados de la elección, pero el modelo de la asistencia racional indica que es preciso ser muy cuidadosos y no suponer que los resultados de la elección sean significativos para algo más que la simple selección de un alternativa y no de otra.¹³

13. Un nuevo resultado, significativo y potencialmente relevante, es la «maldición del votante fluctuante» [*swing voter*] (Fedderson y Pesendorfer, 1996). Estos autores muestran que si otros votantes tienen información privada (pues no toda la información sobre las alternativas constituye un conocimiento común), pueden beneficiarse más absteniéndose que votando a alguno de los dos candidatos, incluso si no se toman en cuenta los costos de concurrir a las urnas. Este resultado depende del conjunto de condiciones que deben ser verdaderas con respecto al mundo, si el votante resulta ser el votante «fluctuante», o el voto que determina el resultado. En

Conclusiones

Vale la pena estudiar la teoría formal de la asistencia, pues el modelo nos permite aprender varias cosas importantes:

- Las dos causas principales de abstención en el modelo espacial clásico son la *indiferencia* y la *alienación*.

Indiferencia. Si los votantes perciben poca (o ninguna) diferencia entre las alternativas es menos probable que voten. Esta predicción tiene implicaciones tanto para las *muestras representativas transversales* como para las *series cronológicas*. Es probable que no voten quienes ven poca distancia entre las alternativas y es probable que voten quienes perciben en el candidato diferencias netas considerables. Análogamente, es más probable que cualquier votante dado vote en una elección donde la diferencia percibida es grande, comparada con otra elección donde el mismo votante percibe que la diferencia es pequeña.

Alienación. Es menos probable que el votante vote si ambas (todas las) alternativas de la elección se encuentran lejos de su punto ideal. Repetimos: el pronóstico se hace entre los votantes (muestra representativa transversal) y a lo largo del tiempo (serie cronológica): cuanto mayor es la diferencia entre el punto ideal del votante y la alternativa más próxima, menos probable es que el votante asista a las urnas, si se lo compara o bien con otros votantes, o bien con otras elecciones donde la diferencia percibida es menor.

- La votación aparece en principio como un acto de consumo (entendido en sentido amplio) más que como una inversión, pues el pronóstico del modelo de inversión relativo a la escasa asistencia no está empíricamente corroborado.¹⁴ La opción racional cuenta con una teoría del consumo bien definida que permite especificar los «determinantes» de la votación en términos de costos y beneficios margi-

cuanto a las implicaciones de usar encuestas en lugar de votos para determinar la política pública, véase Brehm (1993). Para un enfoque más ambicioso de la toma de decisión «deliberativa» cuando se utilizan encuestas, véase Fishkin (1991).

14. Para un análisis de la asistencia durante un periodo mayor, véanse Aldrich (1976), Aldrich y Simon (1986) y Foster (1984).

nales, los cuales afectan a la satisfacción obtenida por el votante cuando emite el sufragio. Según Aldrich (1993: 261), «la asistencia es una decisión tomada casi siempre “al margen”». Dicho sencillamente, ello significa que un modelo analítico tal vez no pueda predecir con demasiada exactitud el nivel general de asistencia, pero los factores que afectan a la variación de la asistencia en torno a ese nivel sí son susceptibles de tratamiento por los modelos descritos en este capítulo.

- Los beneficios para el votante pueden ser tanto individuales como colectivos. Uno de los beneficios *colectivos* fundamentales de la votación es la selección del «mejor» candidato. No obstante, como cualquier acción colectiva, esos beneficios se obtienen sólo si los votantes de igual parecer son capaces de superar el problema del beneficiario inadvertido. Así pues, se nos lleva a considerar que las organizaciones sociales partidarias, así como la identificación del grupo personal, son los medios que permiten ganar las competencias políticas.
- Por consiguiente, las condiciones para superar el problema del beneficiario inadvertido deben sumarse a las condiciones explicitadas en los capítulos precedentes a fin de predecir resultados en la política democrática. Específicamente, quien representa el centro es el *votante* mediano y no el *ciudadano* mediano. Todavía es cierto que el centro rige, pero la posición del centro es en extremo dudosa hasta que la elección real no determine cuáles son las preferencias registradas. Si la asistencia es incierta, sea por una información incompleta o por decisiones estratégicas de los votantes, el ciudadano mediano puede aún representar el centro, tal como demostró Ledyard.

Hubo numerosos ataques contra la idea de que las teorías de la elección «racional» pueden explicar la participación política. En efecto, las teorías analíticas de la asistencia sufrieron ciertas falsificaciones significativas. Pero el hecho de que sea posible adulterar partes de la teoría representa una importante ventaja con respecto a otros enfoques que simplemente *miden* los «determinantes» utilizando correlaciones estadísticas. Además, el marco teórico de una decisión orientada al consumo o a la «contribución», junto con la implicación de que para resolver los problemas de la acción colectiva es preciso que los individuos se «asocien» y voten, ha demostrado ser fructífero.

Ejercicios

- 7.1. Supongamos que el gobernador de un estado, preocupado por la escasa asistencia de votantes a las elecciones locales, lo contrata como asesor. Usted pide más información y se encuentra con los siguientes hechos consignados en la guía de las elecciones estatales:

En noviembre pasado, 740.000 personas votaron en las elecciones locales. Nuestro estado tiene una población de 5.600.000 habitantes. El año anterior se empadronaron 1.200.000 personas para votar. Las leyes electorales del estado sólo permiten el empadronamiento de quienes no están en la cárcel ni en hospitales psiquiátricos ni han sido condenados por delitos graves, es decir, de aproximadamente el 96% de la población adulta. En la última elección estatal, realizada al mismo tiempo que las elecciones locales y con la misma papeleta, se registraron 810.000 votos.

El gobernador desea saber si la junta electoral del estado debe intentar 1) «facilitar el empadronamiento», permitiendo que el votante se inscriba cuando saca o renueva la licencia de conducir o 2) campañas para «publicitar la votación», a fin de que un mayor número de votantes se empadronen para las elecciones. Use la ecuación 7.1 para resolver el problema. ¿Cuál sería su consejo al gobernador?

- 7.2.* Supongamos que un ciudadano específico 1 tiene el punto ideal $\mathbf{x}_1 = [8 \ -3]^T$, con $\mathbf{A}_1 = \mathbf{I}$, y $\delta = 10$ (δ es la DEP más allá de la cual el votante está alienado). Si un candidato ocupa $\mathbf{x}_A = [13 \ 2]^T$ y el otro ocupa $\mathbf{x}_B = [6 \ 5]^T$, ¿vota el ciudadano 1? En caso de hacerlo, ¿a qué candidato prefiere?
- 7.3.* Supongamos que los dos candidatos están en las mismas posiciones que en el ejercicio 7.2 ($\mathbf{x}_A = [13 \ 2]^T$, $\mathbf{x}_B = [6 \ 5]^T$), pero considérese ahora a un votante diferente 2, donde $\mathbf{x}_2 = [12 \ 4]^T$. Defina la indiferencia de la siguiente manera:

$$\text{El votante es indiferente si } |\text{DEP}(\mathbf{x}_A, \mathbf{x}_2) - \text{DEP}(\mathbf{x}_B, \mathbf{x}_2)| \leq 2.$$

El votante 2 ¿se abstiene por indiferencia o vota? ¿Qué candidato se halla más cerca de su punto ideal en función de la DEP mensurada?

* Los ejercicios marcados con un asterisco constituyen material avanzado.

TERCERA PARTE

Progresos recientes

En la primera parte de este libro, presentamos el modelo clásico de la política analítica. El principal resultado derivado de este modelo es el teorema del votante mediano (TVM) en una sola dirección. Luego se generalizó el TVM a múltiples dimensiones. Después consideramos los rudimentos de la opción social y los sistemas de votación alternativos. Un aspecto importante de esta indagación fue el intento de identificar las circunstancias en las cuales las opciones colectivas son coherentes y normativamente defendibles en la medida en que reflejan la voluntad del pueblo. En la segunda parte, analizamos algunas extensiones de los resultados básicos, entre las que figuran el dar cuenta de la incertidumbre del votante, el carácter del candidato y las preferencias que los candidatos mismos pueden tener con respecto a los resultados políticos. Por último, se extendió el modelo básico para explicar la abstención o no emisión del propio sufragio, sea por indiferencia, sea por alienación. Concluimos que si bien estos efectos marginales son importantes, el acto elemental de votar puede relacionarse más con el consumo que con la inversión.

Excepto en el caso de la decisión de asistir a las urnas, el modelo examinado hasta el momento se centró generalmente en la votación de comité y no en las elecciones masivas. Este modelo es útil como punto de partida para analizar la política. Ahora nos ocuparemos de algunos problemas difíciles que enfrentan los científicos sociales cuando desean utilizar el modelo analítico para comprender las decisiones políticas en el mundo

real. En el capítulo 8, enfocaremos los problemas con el modelo clásico de la votación de comité. En el capítulo 9, analizaremos la aplicabilidad del modelo a las elecciones masivas.

Los temas cubiertos en esta parte final son los siguientes:

- Votación estratégica o sofisticada
- Preferencias no separables
- Votación probabilística
- Teoría direccional
- Ideología

8

Votación estratégica, no separabilidad y votación probabilística

La discreción es la mejor parte de la virtud.
Los compromisos que los votantes desconocen no pueden lastimarte.

OGDEN NASH,
The Old Dog Barks Backward, 1972, «Political Reflections»

En los primeros capítulos, presentamos el modelo de cómo la gente vota en la esfera del «comité». El lector recordará que los supuestos de ese tipo de votación son los siguientes: a) cada participante tiene plena información sobre todas las posibles alternativas, así como *preferencias* claramente definidas respecto de ellas; b) esas preferencias son *separables en cuestiones*, de modo que aun si el espacio político es multidimensional, podemos actuar como si las cuestiones se votasen una por vez; c) cada participante conoce las preferencias de los demás participantes; d) todos los participantes tienen *libre e igual poder para proponer alternativas* y e) se supone que los votos son *sinceros*: si un miembro prefiere la alternativa A a la alternativa B, votará por A y no por B en una comparación binaria según la regla de la mayoría.

Asimismo, destacamos que este modelo no es sino un punto de partida. Las decisiones reales que derivan de la votación de comité son mucho